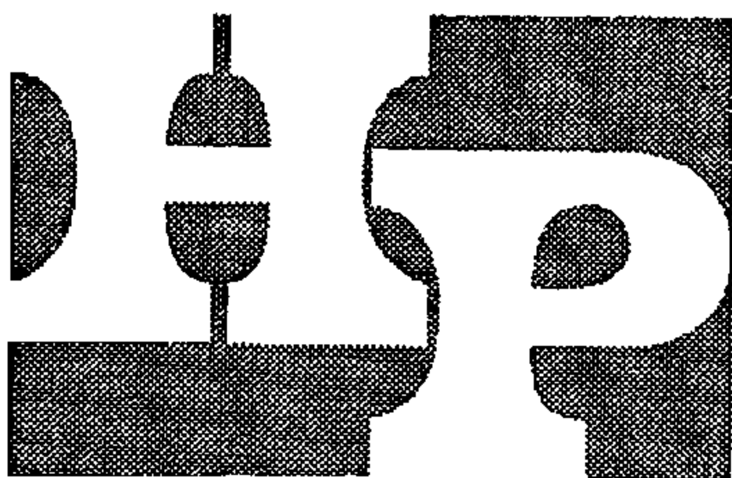
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Keith Luger

LA REINA DE SAN FRANCISCO





Héroes de la PRADERA

GARANTIA

Editorial Bruguera, S. A. informa

que sólo son debidas a la pluma de

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

el célebre autor que ha creado un estilo propio en el género "Western", aquellas obras en las que figura, de forma destacada, el nombre



y que aparecen en las colecciones:

CALIFORNIA	**BRAVO OESTE**
SALVAJE TEXAS	**OESTE LEGENDARIO**
COLORADO	**HEROES DEL OESTE**
KANSAS	**CENTAURO**

Cualquier otra obra, en la que no figure este distintivo, aun cuando aparezca en ella el nombre ESTEFANIA, no es del autor que durante tantos años ha gozado y sigue gozando, del favor del público.



Keith Luger

LA REINA DE SAN FRANCISCO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 58
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 48.036 - 1970
Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: febrero, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.203. — Tres cuellos para el verdugo.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.052. — El secuestro del avión Nueva York-Moscú.

En Colección BUFALO:
903. — El *sheriff* fue un cobarde.

En Colección SALVAJE TEXAS:
729. — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:
659. — La historia de Joe, *el Mujeriego.*

En Colección BRAVO OESTE:
514. — Plomo para un entrometido.

En Colección PUNTO ROJO:
459. — Asesinato de un detective.

En Colección CALIFORNIA:
724. — Más terca que una mula.

En Colección ASES DEL OESTE:
575. — Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:
610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:
56. — El revólver del forastero.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
1. — Tan guapo y tan granuja.

CAPÍTULO PRIMERO

Tab Fleming empujó los dos mil dólares que tenía ante sí hacia el centro de la mesa.

Estaba jugando una partida de póquer con cuatro hombres, pero ahora sólo se enfrentaba con uno de ellos, un tipo gordo, con grandes bolsas bajo los ojos, que sostenía cinco naipes con la mano derecha mientras daba chupadas al cigarro que se adhería a la comisura de sus labios.

—¿Todo, señor Fleming? —inquirió, taladrando con la mirada el rostro inexpresivo del joven.

Fleming se pasó la lengua por el labio inferior, pero esto que hubiera podido pasar por un gesto de preocupación, lo palió con una sonrisa.

—Todo, amigo mío —ratificó.

Hubo un silencio en aquel reservado del Palacio de Oroville, lugar donde se desarrollaba la escena.

El gordo titubeó unos instantes, contempló una vez más su juego y finalmente sacudió la cabeza.

—Voy a apagarle ese farol, señor Fleming —y seguidamente abatió sus cinco naipes sobre la mesa—. *Full* de reinas.

Fleming hizo un gesto negativo.

—No le sirve, señor Nolan. Lo mío es un color.

Fleming fue depositando uno a uno sus naipes. Eran cinco rombos.

Nolan escupió la colilla del cigarrillo.

—¡Maldito sea…! Me ha engañado. Usted pidió dos cartas.

—Sí, pedí dos naipes —asintió Fleming—. ¿Es que no está permitido?

Nolan hizo rechinar los dientes.

Fleming señaló el dinero.

—Faltan sus dos mil dólares, señor Nolan. ¿Quiere hacer el favor de empujarlos hacia mi montón?

Nolan observó al jugador que tenía a su izquierda, un tipo delgado, de piel cetrina y ojos muy hundidos. Luego miró a Fleming.

—No voy a hacer tal cosa.

Los ojos de Fleming adquirieron un nuevo brillo.

—¿Por qué no, Nolan?

—No me gusta su forma de jugar.

—¿Acaso me acusa de hacer trampas?

—Sí, Fleming. Usted es un condenado tramposo.

En el reservado no se oyó siquiera la respiración de los hombres que se encontraban alrededor de la mesa.

En aquel silencio, la voz de Fleming sonó ronca:

—Suelte la pasta, Nolan.

Nolan se echó a reír.

—No, Fleming, no voy a soltar la pasta y va a pasar algo más aquí. Usted se va a levantar y va a salir por esa puerta sin llevarse un solo dólar de los que hay en esta mesa.

Tab se echó atrás golpeando con la espalda en el respaldo de la silla. Mientras relajaba los músculos, repuso:

—Escuche, Nolan. Soy un jugador honrado. Es posible que a usted le parezca increíble, pero es así. Estuve observando cómo manejaba los naipes y usted es el único tramposo que hay aquí.

—¿Cómo? —rugió Nolan.

—En tres ocasiones he tenido que retirarme con buen juego, porque sabía que usted me ganaba y, justamente, las tres veces usted manipulaba con el mazo. He guardado silencio porque a los tramposos también se les puede ganar con habilidad. Es hasta una ventaja para un jugador honrado, puesto que sabe cuándo ha de retirarse en una jugada —Fleming señaló el dinero que estaba todavía en el centro de la mesa—. Esa plata es mía, la he ganado y usted va a depositar los dos mil dólares que debe.

—¡Maldita sea! ¡No voy a hacer tal cosa!

—Le concedo diez segundos —dijo Fleming.

Sobrevino otra pausa mientras el tiempo se desgranaba.

De pronto el tipo de la piel cetrina movió muy aprisa su diestra

desenfundando el «Colt» que gravitaba junto a su cadera derecha, pero mucho antes de que pudiese apuntar a Fleming con su arma, el joven movió rápidamente la zurda y, como por arte de magia, apareció por entre sus dedos una «Derringer».

—¡Todo el mundo quieto! —advirtió—. Y usted deje caer el revólver.

El fulano a quien iba dirigida la orden soltó el «Colt», el cual fue a golpear contra el suelo.

Nolan estaba pálido.

—¿Qué se propone, Fleming?

—Llevarme lo que es mío.

—No haga eso, Fleming. Usted está en Oroville y no podrá salir de aquí.

—Empuje los dos mil dólares.

—Todavía está a punto de arrepentirse, Fleming.

—Y usted también, Nolan. No vuelva a interponerse en mi camino.

Nolan respiró agitadamente mientras empujaba los dos mil dólares hacia el montón de dinero que había en el centro.

Fleming alargó la diestra y atrajo a su lado la postura del último juego. Luego fue guardando los billetes en el bolsillo de su príncipe Alberto. Finalmente se puso en pie. Sus labios volvieron a sonreír.

—Bien, compañeros, aquí termina todo.

Nolan sacudió la cabeza de derecha a izquierda.

—No, Fleming. Esto sólo ha sido un episodio. El final de la historia lo escribiré yo.

Fleming retrocedió hacia la puerta sin dejar de amenazar a sus compañeros de partida.

—Estoy seguro de que se resarcirá, Nolan —declaró—. Siempre hay primos que están dispuestos a que les aflojen la bolsa, pero le voy a dar un consejo: Elija mejor su clientela. Cualquier día tropezará con una persona con menos prejuicios que yo y se encontrará con una bala antes de que haya podido servirse un póquer de ases.

Luego el joven abrió la puerta y salió fuera.

Echó a andar por un corredor, no dando nunca la espalda al reservado, aunque suponía que no lo seguirían.

Salió a una antesala llena de público, serpenteó por entre las

mesas y poco después ganaba la salida.

Respiró a pleno pulmón el aire de la noche. No habían salido las cosas como él suponía. Era verdad que había ganado unos cuatro mil dólares, pero justamente el día anterior había llegado a Oroville y entraba en sus cálculos el permanecer en aquella ciudad durante un par de meses. Mas ahora tenía la premonición de que las cosas se habían complicado mucho para él.

Echó a andar hacia el hotel donde se hospedaba y cuando llegó a su habitación había adoptado una decisión, la de largarse a San Francisco inmediatamente.

Preparó su maleta en diez minutos y cogiéndola del asa bajó la escalera. No necesitó abonar su cuenta porque había pagado tres días con antelación. Tenía derecho a recuperar parte del dinero entregado, pero desistió de ello y abandonó el hotel, encaminándose al puerto.

Las calles estaban muy oscuras. Oroville era una ciudad que no había tenido tiempo todavía para preocuparse del problema del alumbrado público. Apenas contaba con un año de vida. Se había encontrado oro en los montes cercanos y durante los últimos doce meses, miles de hombres habían llegado de todas partes. El no se había dado mucha prisa a ser uno de los primeros, porque en aquel entonces se encontraba en Denver, Colorado, donde no le iban mal las cosas.

De pronto, al cruzar una calleja, una voz imperiosa lo detuvo.

—¿A dónde vas con tanta prisa, Fleming?

Era Nolan, el tahúr.

Se maldijo para sus adentros. No había tenido la precaución de ir por detrás de las casas y ahora se lo iban a hacer pagar.

Nolan habló de nuevo.

—Vas a hacer un movimiento con el brazo izquierdo, Fleming, pero será para soltar la «Derringer». Quiero oír su sonido cuando caiga en tierra. Soy yo ahora el que te concede tres segundos. Jim y yo te estamos apuntando con el revólver.

Fleming movió el brazo y la «Derringer» cayó produciendo un sonido metálico al golpear con los guijarros.

Nolan dejó oír una risita.

—Así está mejor, Fleming.

El joven dio media vuelta y vio los dos pares de ojos brillar en la

oscuridad.

—Acércate, Fleming —ordenó el gordo.

Fleming se acercó lentamente.

—¿Qué quiere, Nolan?

—El dinero.

—De acuerdo. Gané tres mil dólares.

—Nada de eso. Lo va a escupir todo.

—¿Todo?

—Exactamente. Lo que ganó y lo suyo.

—Eso no es justo, Nolan.

—No me importa lo que sea justo. ¿Es que no se da cuenta, Fleming? Esto es un negocio. Y fue cuenta suya meterse donde no le llamaban.

—Suponga que les entrego el dinero. ¿Qué va a pasar después?

—No sea ingenuo. Lo sabe perfectamente.

—Prefiero oírlo de sus labios.

—Nos lo llevaremos detrás de las casas y le balearemos.

—¿Es su forma de actuar?

—No podemos correr ningún riesgo. Usted ha salido demasiado listo, Fleming.

—Muy bien —dijo el joven, dando un suspiro y de pronto arrojó la valija contra los dos hombres que estaban juntos.

Fleming saltó a continuación. La valija golpeó contra los truhanes y uno de los revólveres se disparó.

Fleming alargó los brazos cuando surcaba el aire y logró atrapar por el cuello a los dos compinches, arrastrándolos en su caída. Revolvióse furiosamente y logró conectar un golpe en el rostro grasiento de Nolan, pero falló cuando pretendió alcanzar a Jim, el de la piel cetrina, el cual empezó a levantar el brazo armado que había quedado debajo de la valija.

Fleming, en última instancia, lo sujetó por la muñeca y se la llevó a la espalda.

Alguien gritó desde la calle Principal:

—¡Eh, Peter! ¡Llama al *sheriff*! Hay jaleo en la calle Tercera.

CAPÍTULO II

Fleming se dijo que debía terminar aquella pelea cuanto antes. Tenía la corazonada de que si daba oportunidad a que llegase el *sheriff* sería difícil escapar de la trampa. Oroville era una ciudad naciente y estaba dispuesto a apostar doble contra sencillo a que el representante de la ley estaría interesado en ciertos negocios. Hasta podía caber la posibilidad de que fuese un socio de Nolan.

Empleó la mano libre y pegó con el dorso en el cuello de Jim, quien soltó un mugido como una res moribunda y quedó inmóvil. Atrapó rápidamente el revólver que había quedado en la fláccida mano del desvanecido y volvióse justamente cuando Nolan estaba a punto de meterle una bala en la cabeza. Pero él disparó primero y el revólver voló de la diestra del gordo. Luego Fleming le descargó un culatazo en la oreja desvaneciéndolo.

Gateó hacia el lugar donde había caído su «Derringer» y, después de recuperarlo, alcanzó la valija y echó a correr por el oscuro callejón.

Oyó pasos a su espalda y en eso sonó un estampido y luego otro. Las balas silbaron muy cerca de su cabeza y luego oyó la voz de Nolan:

—¡Me han robado! ¡Me han robado tres mil dólares!

Fleming lanzó un juramento mientras avanzaba aprisa hacia el río.

Justamente cuando se acercaba al puerto, oyó un pitido. Quizá la suerte no lo había abandonado.

Observó el vapor fluvial y dedujo que estaba a punto de partir. Subió por la escalerilla y arriba encontró un tipo de barba blanca.

—¿Adonde va esta cáscara? —le preguntó.

El otro le dirigió una mirada ceñuda.

—Sepa usted que el Topacio es el mejor barco fluvial que navega por este río. Nos dirigimos a San Francisco y yo soy el patrón.

—Estupendo, capitán. Es justamente a donde me dirijo. ¿Cuánto sube el pasaje?

—Treinta y siete dólares con cincuenta y cinco centavos.

Fleming sacó un fajo de billetes, del cual apartó cinco billetes de a veinte dólares, que entregó al capitán.

Éste observó el dinero.

—Le dije treinta y siete dólares con cincuenta y cinco centavos.

—Es lo que entendí, capitán. El resto es para usted.

—¿Por qué?

—A cambio de muy poco trabajo. Yo no he subido a este barco.

El capitán vaciló observando el dinero, pero finalmente lo guardó en el bolsillo.

—Está bien. ¿Cómo se llama?

—Tab Fleming.

—¿Quién lo persigue?

—Una cuadrilla de gentuza, pero es posible que aparezca capitaneada por el *sheriff* de la ciudad.

—Póngase a proa. Allí hay muchos bultos y podrá pasar inadvertido.

—¿No tengo derecho a un camarote?

—Están todos ocupados.

—Está bien —rezongó Fleming y se dirigió rápidamente con su valija hacia el lugar que el capitán le había indicado.

Mientras avanzaba por cubierta, oyó ruido de carreras por el muelle. Agachóse y poco después pudo ver a varios hombres que subían muy aprisa por la escalerilla. Desde el lugar en que se encontraba no pudo escuchar nada de lo que decían acerca de él y dejando la valija a un bulto dio la vuelta avanzando por detrás.

A poco oyó la voz del capitán:

—No, *sheriff*. No ha entrado en mi barco.

—¿Está seguro, capitán Mac Leo?

—No me he apartado de aquí en la última media hora. Es mi costumbre. Siempre deseo saber qué clase de gente sube al Topacio.

Entonces intervino Nolan:

—Escuche, capitán. El tipo que buscamos me ha robado tres mil dólares. ¿Lo entiende? Es un ladrón y también estuvo a punto de

matarme, lo cual le convierte en un asesino.

—¡Caramba! —murmuró Mac Leo.

Nolan remachó su alegato.

—Estoy dispuesto a darle una prima de quinientos dólares, capitán Mac Leo. Hace un rato oímos el pitido de su barco y estamos seguros de que Fleming vino hacia aquí. Jamás en su vida habrá ganado tanto dinero con tan poco esfuerzo. Díganos dónde se esconde y los quinientos son suyos.

En aquel momento llegaron más hombres por el muelle. El *sheriff* dio una voz:

—¡Eh, muchachos, quedaros ahí! ¡Vigilad por todas partes! Es posible que trate de escapar arrojándose por la borda.

Fleming, desde su escondite, vio que sus perseguidores sumaban un par de docenas. Muchos de ellos portaban antorchas.

En ese instante oyó al capitán:

—De acuerdo, señor Nolan. Pero conste que yo no sabía qué clase de tipo se me había colado en el barco.

—Está aquí, ¿eh? —rió Nolan.

—Sí, lo mandé a la proa —el capitán Mac Leo carraspeó—. Supongo que no se olvidará de los quinientos dólares.

—No se preocupe —dijo Nolan—. Vamos, *sheriff*.

Fleming soltó una maldición para sus adentros. La situación se había agravado mucho para él.

Púsose en movimiento y subió silenciosamente por una escalerilla. Se internó por un corredor que tenía puertas a los lados. De pronto se abrió una de éstas y una mujer salió dándole la espalda. El se quedó quieto. La joven abrió el camarote del otro lado y asomó la cabeza.

—¡Cristina! —llamó.

—Dime, Jezabel —oyó otra voz que salía del segundo camarote.

Fleming no perdió tiempo. Dio unos pasos andando de puntillas y se coló en el camarote que había quedado abierto. Naturalmente, no cerró la puerta.

Encontróse en una habitación adornada con mucho lujo. Indudablemente, el apartamento estaba destinado a los viajeros de primera clase.

Descubrió un escritorio adosado a la pared, un pequeño diván y dos sillones. Allí no había la menor posibilidad de esconderse.

Entonces abrió una puerta y vio que era un dormitorio. Pasó adentro. A la derecha había una litera y a la izquierda un armario que estaba sujeto a la pared con irnos remaches de hierro.

Oyó que la puerta de acceso al camarote se cerraba y luego un taconeo. Se tuvo que decidir pronto. Abrió el armario, se metió dentro sumergiéndose en un mar de vestidos y cerró con suavidad.

Oyó a la joven cantar por lo bajo.

Fleming empezó a sudar. Agachóse y aplicó el ojo al agujero de la cerradura.

La joven estaba sentada y precisamente su cabeza y su busto quedaban completamente visibles.

Fleming estuvo a punto de lanzar una exclamación, porque jamás había visto una mujer tan hermosa. El óvalo de su cara era perfecto y en él resaltaban unos ojos grandes, rasgados, de un profundo color azul, la nariz recta y unos labios rojos como la grana. Su pecho era prieto y firme. Pero lo que más le llamó la atención fue sus cabellos que parecían una ola de fuego.

La joven cruzó las piernas y levantó la falda para observar el encaje de la primera de sus múltiples enaguas. Pero Fleming no prestó atención a ella, sino a las piernas de la hermosa, de las que sólo podía ver las torneadas pantorrillas y los finos tobillos.

Fleming respiró profundamente, con lo cual estuvo a punto de consumir la reserva de oxígeno del armario.

Justamente en ese instante se oyeron unos golpes.

Jezabel se levantó sobresaltada, desapareciendo de la vista del joven. Éste oyó cómo abría la primera puerta y luego la segunda.

—Perdone, señorita —oyó una voz que identificó como la del *sheriff* de Oroville—. Estamos buscando a un asesino que se ha introducido clandestinamente en el barco.

—¿Un asesino?

—Exactamente señorita.

—Oh, lo siento, pero no puede estar aquí.

—¿Me permite que lo comprobemos?

—Naturalmente.

Fleming sacó la «Derringer». No estaba dispuesto a dejarse cazar por aquella cuadrilla de truhanes. Sabía lo que ellos le depararían. Una muerte segura.

Oyó pasos y luego la joven dijo:

—Les aseguro que no me he movido del camarote y, antes de tomar posesión de él, miré hasta el último rincón porque no me gusta ver suciedad con mis propios ojos.

Alguien movió los sillones y el diván.

Fleming sintió que un sudor frío le corría por todo el cuerpo.

Infiernos, si aquello duraba un poco más terminaría por ahogarse. ¿Por qué aquellos estúpidos no se conformaban con lo que les decía la pelirroja?

—¿Es que no me creen? —dijo la joven.

—Lo siento, señorita —murmuró el *sheriff*—. Pero he de cumplir con mi obligación.

Los pasos se acercaron al armario y Fleming instintivamente se echó hacia atrás, al tiempo que adelantaba el revólver.

—Soy Jezabel Wakeman —anunció la pelirroja con voz llena de altivez.

Hubo un silencio.

—¿Jezabel Wakeman? —repitió el de la placa—. ¿La hija del banquero Wakeman?

—Exactamente, *sheriff*.

—Perdone, señorita Wakeman yo no sabía…

—No, no lo sabía, pero ahora ya lo sabe.

—Siento haberla molestado, señorita Wakeman.

—No hay de qué, *sheriff*… Y ahora, por favor, ¿quiere retirarse?

—Desde luego, señorita Wakeman. Le presento mis disculpas y le ruego que olvide este incidente.

—Lo olvidaré, *sheriff*.

Fleming dio un suspiro de alivio cuando los pasos se alejaron. No podía soportarlo más. Abrió la puerta del armario y salió fuera tambaleándose. La puerta que comunicaba con el saloncito había quedado entreabierta. Acercóse a la litera y dejóse caer soltando un resoplido.

Todavía oyó las voces en el corredor y luego sonó otra vez el taconeo y apareció la dama. Ella estaba de espaldas y cerró volviéndose. De pronto lanzó un grito al verle a él.

—Cálmese, señorita —murmuró Fleming.

Ella llevóse una mano a la garganta.

—Usted…, usted es el asesino.

—Soy el hombre que buscan, pero no soy un asesino.

Jezabel observó la pequeña pistola que él esgrimía en la diestra.

—¡Salga de aquí inmediatamente!

—Creo que eso va a ser un poco difícil —sonrió él—. No puedo marcharme hasta que esos tipos me hayan dejado el campo libre.

—Gritaré.

—Le aconsejo que no lo haga. Es mi piel la que está en juego, señorita Wakeman.

—Usted dijo antes que no era un asesino.

—Sí, pero cuando la vida de uno está en peligro se obliga a matar y usted es muy linda, señorita Wakeman. Sentiría agujerear su colección de enaguas.

Los ojos de ella miraron el armario y entonces brillaron iracundos cuando observaron de nuevo al joven.

—¡Usted estaba ahí dentro!

—Sí.

—Y me ha estado espiando… y me vio…

—Sólo tuve oportunidad de observar sus tobillos y debo confesar que son muy bonitos, de los más perfectos que he visto.

Ella apretó los dientes rabiosa.

—¡Es usted un insolente!

El barco dio un pitido.

—Ya nos vamos, señorita Wakeman —declaró Fleming—. Supongo que esos hombres creerán que me he arrojado por la borda. Pronto pasará el peligro.

—Hará bien en marcharse cuanto antes.

—Lo siento, pero he pagado pasaje hasta San Francisco.

—Usted no se atreverá a viajar con nosotros.

—¿Por qué no? Tengo por norma sacar rendimiento a mi dinero y he invertido cien dólares en este vapor, señorita Wakeman.

Fleming se levantó. Frisaba en los veintisiete años y mediría uno ochenta de estatura. Su cabello era negro, su frente ancha y los ojos negros, muy brillantes. Sobre su labio superior campeaba un bigote finamente recortado. Se podía decir que su rostro no era bello, pero respiraba virilidad por todos sus poros.

Acercóse a un ojo de buey y lo abrió.

A través del agujero llegaron voces procedentes de cubierta:

—¿Lo encontró, *sheriff*?

—No, capitán.

—Entonces, seguro que debe estar nadando hacia cualquier parte del río.

—Sí, encontramos su valija. Debió dejarse caer por la proa mientras íbamos por él, pero no le servirá de nada. Voy a organizar una buena batida. Lo pescaremos, capitán.

—Muy bien, *sheriff*. Les deseo suerte. Oiga, señor Nolan, quiero hablar con usted acerca de su recompensa.

—Ni hablar de eso, capitán.

—Usted me dijo…

—No importa lo que dijese. El tipo no estaba aquí.

—¡Maldita sea…! Pero yo pude llevármelo sin que usted lo supiese.

Nolan soltó una carcajada.

—Adiós, capitán. Le deseo un buen viaje.

El capitán Mac Leo lanzó una maldición y luego dejó oír su voz potente:

—¡Retiren la escalerilla…! ¡Oficial Firby, tome el mando…! ¡Nos vamos!

Fleming había estado atento a las voces y de pronto Jezabel Wakeman escapó del dormitorio.

Fleming corrió tras ella y la atrapó justamente cuando estaba a punto de abrir la puerta que comunicaba con el corredor.

La joven volvióse y trató de arañarle la cara, pero él la sujetó por la muñeca apretándola contra la pared. De esa forma sus caras quedaron muy juntas.

—¿Qué iba a hacer, señorita Wakeman?

—Suélteme, me hace daño.

—Aún no ha contestado a mi pregunta.

—No hace falta que le responda. Me disponía a entregarle.

—Parece que mi presencia no le causa mucho temor, señorita Wakeman y eso me congratula. Significa que usted no me considera un asesino.

Los ojos de la hermosa reverberaron furiosos.

—Será mejor que se marche cuanto antes.

—Me iré en cuanto estemos lejos de Oroville —repuso él, admirando el rostro femenino—. No se preocupe… Nunca he compartido un camarote con una dama contra su voluntad.

Ella le puso las manos en el pecho y lo empujó. Luego cerró los

puños y quedóselo mirando como una fiera dispuesta a soltar un zarpazo.

Fleming la contempló sonriente.

La pelirroja no debía tener más de veintidós o veintitrés años y apostó en su fuero interno a que había dedicado la mayor parte de su vida a acumular orgullo y altivez.

Permanecieron un rato observándose.

El barco se deslizaba ya río abajo.

Fleming hizo desaparecer el «Derringer» en su manga.

—Ya pasó el peligro, señorita Wakeman.

Dio unos pasos hacia la puerta, pero se detuvo muy cerca de la joven.

—Ahora recuerdo que falta algo.

—¿El qué?

—Demostrarle mi agradecimiento…

Al tiempo que hablaba, Fleming le pasó el brazo por la cintura y la atrajo con un brusco movimiento besándola en la boca fuertemente. Luego fue él quien la alejó de sí.

Oyó su respiración agitada y vio cómo sus ojos se agradaban observándole.

Entonces él hizo un movimiento con la cabeza.

—A sus pies, señorita Wakeman.

Salió fuera y cerró tras sí, alejándose por el corredor.

CAPÍTULO III

El capitán Mac Leo oyó pasos a su espalda y volvióse. Al instante sus ojos mostraron un gran asombro al ver ante sí la figura del forastero que le había pagado cien dólares por su pasaje.

—¿Usted en mi barco?

—Hola, capitán —lo saludó Fleming—. Siento haberle echado a perder el negocio.

—¿Qué negocio?

—Escuché la oferta que le hizo el señor Nolan.

Mac Leo carraspeó fuertemente.

—Bueno, ellos dijeron que usted es un asesino.

—No hay nada de cierto en esa aseveración. Mi único pecado en Oroville fue el de ganarles el dinero a una pandilla de tahúres.

—Está prohibido el juego en mi barco, señor Fleming.

—No se preocupe, capitán. Dejaré quietos los naipes hasta que llegue a San Francisco. Sólo he venido aquí para preguntarle por mi valija.

—Los hombres del *sheriff* se la llevaron.

Fleming se frotó la nuca.

—Es mala suerte. Se me han llevado tres trajes, toda mi ropa interior, dos pares de zapatos y otras cosillas. Tendré que equiparme cuando llegue a San Francisco.

—¿Le interesa recuperarla?

—Me interesa más otra cosa, capitán, una joven que viaja en esta cáscara. Me refiero a la señorita Wakeman.

El capitán hizo una mueca de horror.

—No habrá usted… —empezó a decir y dejó la frase sin terminar.

—No tuve más remedio que buscar un escondite y fui a parar al

camarote de la señorita Wakeman. Pero no se preocupe, capitán. Entre ella y yo ha existido un completo acuerdo.

—¿Un completo acuerdo? —gritó el capitán—. ¡Oiga, señor Fleming! Sepa que soy yo responsable de lo que le ocurra a la señorita Wakeman.

—Explíqueme eso.

—Su padre, el señor Wakeman, me ordenó que cuidase de ella en su viaje hasta San Joaquín.

—¿Qué fue a hacer la señorita Wakeman a San Joaquín?

—No es de su incumbencia, pero se lo voy a decir, señor Fleming. La señorita Wakeman fue a recoger a su prima Cristina. Según me informaron, la señorita Cristina ha perdido a su padre.

—Oh, comprendo. Sígame hablando de la señorita Wakeman. He oído decir que su padre es un banquero de San Francisco.

—¿Quiere decir que nunca ha oído hablar del señor Wakeman?

—Aunque le parezca mentira, nunca oí hablar de esa personalidad.

—¿Una personalidad ha dicho…? ¡Wakeman es el rey de San Francisco!

—Y en consecuencia —murmuró Fleming—, la señorita Wakeman debe ser considerada como la reina de esa ciudad. ¿No es así?

—Acertó usted, Fleming.

—Es una satisfacción viajar con pasajeros tan ilustres.

—Le voy a hacer un ruego, señor Fleming. No vuelva a dirigir la palabra a la señorita Wakeman.

—¿No?

—Tenga presente que usted no es de su clase.

—Si se refiere al pasaje, le he de recordar que yo pagué cien dólares y apuesto a que eso me confiere la misma calidad que a la señorita Wakeman.

—No me refería a eso, señor Fleming, sino a la distinta condición social. Usted es un…

—Jugador.

—Eso es, señor Fleming. Un jugador y ella pertenece a la más elevada aristocracia de San Francisco.

—Oh —dijo Fleming, parodiando una reverencia—. Discúlpeme, capitán.

El capitán Mac Leo le dirigió una fulminante mirada y Fleming se alejó del puente.

Poco después entraba en el comedor. Iba a dirigirse a una mesa cuando de pronto tropezó con una joven. A pesar de que la culpa había sido de ella, porque caminaba con la cabeza vuelta hacia otra parte, Fleming se disculpó.

Entonces la joven, que tendría diecinueve años, rubia, esbelta, de rostro simpático, le señaló con el dedo.

—Usted es el señor Fleming.

Tab arrugó el entrecejo al tiempo que sonreía.

—¿Me conoce, señorita?

—Me lo describieron muy bien, advirtiéndome que tuviera mucho cuidado con usted.

—¿Tan malo soy?

La joven observó atentamente el rostro varonil.

—Bien mirado, no parece un criminal.

—Usted debe ser Cristina, la prima de la señorita Wakeman.

—¿Debo darle la mano, señor Fleming?

—Le prometo que se la devolveré.

—Si es con esa condición…

La joven alargó la diestra y él la besó.

—¡Cristina! —Oyeron de pronto.

Los dos jóvenes se volvieron rápidamente hacia la puerta y vieron a la altiva Jezabel, cuyos ojos eran dos ascuas chispeantes.

—¿Qué tal, señorita Wakeman? —dijo Fleming.

Jezabel se mordió el labio inferior y rápidamente acercóse a su prima y la tomó del brazo.

—Debes tener más cuidado con las personas a quienes trates, Cristina. ¿No sabes que en estos barcos viajan aventureros de la peor clase?

Seguidamente, Jezabel empujó a Cristina, llevándosela consigo.

Fleming quedóse observándolas sin borrar la sonrisa de sus labios. Luego se fue a una mesa situada en el rincón opuesto al que se encontraban las jóvenes.

Era muy hermosa la señorita Wakeman, pero había recibido muy mala educación. De buena gana él se la habría enseñado, pero supuso que su oferta sería rechazada. Bien, ¿para qué pensar más en ella? Aun cuando Jezabel y él se dirigiesen al mismo sitio, tendrían

muy pocas probabilidades de volverse a ver. Tal como había dicho el capitán Mac Leo, ambos eran de distinta condición social. Sólo por unas horas serían compañeros de viaje y luego, en la gran ciudad, cada uno volvería a ocupar su sitio. La vida era así.

CAPÍTULO IV

Fleming, en el muelle, vio cómo desembarcaba Jezabel seguida de su prima. Un hombre de cabellos blancos abrazó alegremente a las dos muchachas. Oyó a Jezabel dirigirse al hombre como su padre. La joven se cubría con un vestido blanco. Por un instante sus miradas se cruzaron y él hizo una inclinación sonriendo. La joven sonrojó unos instantes sus mejillas, pero seguidamente levantó la barbilla y tomó a su padre y a su prima del brazo, caminando hacia un tílburi tirado por dos hermosos caballos.

Fleming esperó pacientemente Apostó a que la joven volvería la cabeza antes de que el carruaje emprendiese la marcha, pero en esta ocasión perdió consigo mismo porque Jezabel no le dedicó otra mirada. Ése era el final de todo.

Dio un suspiro y alejóse también del muelle.

Caminaba por una calle cuando de pronto oyó una voz.

—¡Tab…! ¡Tab Fleming!

Se volvió y seguidamente empezó a sonreír al reconocer al hombre que lo llamaba desde la otra acera.

—¡Luke Spoker!

Luke Spoker, de mediana estatura, regordete, cruzó la calle a toda prisa.

—¿Cómo estás, Tab?

Los dos hombres se abrazaron efusivamente.

—¿Qué hay, muchacho? —preguntó el joven—. Eres el último hombre a quien hubiese creído encontrar en San Francisco. Si mal no recuerdo, la última vez estabas en Nueva Orleáns.

—Eso fue hace cinco años —rió Luke—. ¿Te acuerdas? Infiernos, hiciste bien en quitarme aquella rubia. Estaba decidido a casarme con ella y eso hubiera sido la peor de todas mis calamidades.

—¿Es que no te van bien las cosas?

—Muy mal, Tab, muy mal.

—¿Qué te parece si me lo cuentas todo mientras tomamos un vaso de *whisky*?

—Estupendo, Tab. Tú ya sabes que en cuestión de beber puedes contar conmigo.

Minutos más tarde, se encontraban ante una mesa.

Bebieron un trago y luego Luke Spoker dijo:

—Precisamente me disponía a ir a la oficina de consignatarios para sacar un pasaje rumbo a Nueva York… estoy cansado de luchar y con una buena dosis de miedo.

—¿De qué se trata, Luke? ¡No entiendo una palabra!

—Verás, Tab. Hace cosa de seis meses me dejé caer por aquí y se me ocurrió invertir todos mis ahorros en un *saloon*. Está cerca de aquí, en la calle Principal, El Tazón de Plata. Las cosas no me fueron mal al principio y seguirían marchándome bien si no fuera por la competencia desleal. Hace cuestión de unas tres semanas se me presentó un tipo en el local diciéndome que tenía que vender el *saloon*. ¿Y sabes por cuánto, muchacho?

—No tengo idea.

—Por cuatro mil dólares. ¡Y yo pagué seis mil por él! Lo más gracioso del caso es que me dio tres días para decidirme. Naturalmente, no hice caso de su oferta, pero al cuarto día, cuando ya había terminado el plazo, se me presentaron media docena de tipos en el local y se pusieron a romper sillas, mesas, vasos y todo lo que les vino a mano. Lo tiraron todo por la ventana y luego se marcharon tranquilamente.

—¿Presentaste la denuncia?

—Sí, la presenté, pero el *sheriff*, al cabo de algún tiempo, me explicó que no podía liarse a detener gente simplemente por considerarla sospechosa. Naturalmente, le di la descripción de algunos de los tipos, pero tampoco sirvió de nada.

Spoker hizo una pausa para beber un trago de *whisky*. Luego prosiguió:

—Pensé que todo había acabado ya y compré nuevo mobiliario y abrí nuevamente el local. Eso fue hace cuatro días. ¿Y qué crees que pasó anoche?

—Dímelo tú.

—Se me presentó otra vez el tipo y volvió a hacer una oferta, pero esta vez mucho más gracioso. Bajó quinientos dólares el precio primitivo. Sí, Tab. Me ofreció tres mil quinientos dólares. Yo lo mandé al infierno y entonces él se echó a reír y me dijo que era una pena que todas aquellas mesas y sillas nuevas quedasen reducidas a astillas. El dijo que todo eso ocurriría hoy mismo.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿No te lo dije ya? Iba a comprarme un pasaje para Nueva York. Luego iba a volver al local a esperar a que se presentase ese gorila. No voy a dejar que me arruinen el local otra vez. Pensaba decirle que estoy dispuesto a vender.

—¿Te has enterado de cuál es el nombre del tipo?

—Sí, él mismo me lo dijo: Harry Jordán. Yo sé lo que pasa aquí. Ese Harry Jordán es un matón de siete suelas y apuesto cualquier cosa a que es un hombre pagado por Peter Ryan.

—¿Quién es Peter Ryan?

—El tipo que controla los más importantes *saloons* de la localidad. Me han contado su historia. Vino aquí hace tres años y empezó a subir como la espuma. Alguien lo debe estar protegiendo porque resulta imposible imaginar que él sólo haya podido llegar tan lejos.

—Así que te sentenciaron nuevamente para esta noche.

—Sí, Tab. Y yo sé que esa gentuza cumple su palabra. Harry Jordán me hizo una advertencia. Se conformarían con destruirme el local, pero si iba con el cuento al *sheriff*, entonces sería mi vida la que correría peligro. Bueno, por todas esas razones he decidido levantar el vuelo.

Tab se mantuvo un rato pensativo.

—Oye, Luke, quizá lo que necesitas sea un socio.

—¿Cómo?

—Tengo unos seis mil dólares y estoy dispuesto a invertirlos en tu negocio.

—¿Te has vuelto loco, Tab?

—No, muchacho. Me encuentro muy bien.

—Entonces, olvídate de lo que has dicho.

—Mi ofrecimiento es en serio.

—Oh, no, Tab —Spoker sacudió la cabeza de un lado a otro—. Tú no sabes lo que es San Francisco. No se parece a ninguna otra

localidad donde tú hayas estado antes. Todo esto parece una casa de locos.

—He oído hablar de ello, Luke. No te preocupes.

—Pero ¿es que no te das cuenta? ¿Cómo vas a asociarte conmigo en las actuales circunstancias? Me han declarado la guerra. Conozco tu valentía y sé que no te arrugas ante las amenazas, pero te repito que esto no es como Dodge City, Denver o Nueva Orleáns.

Fleming sacó su fajo de billetes del bolsillo. Estaban cogidos por una goma y los alargó a Spoker.

—Ahí tienes, Luke, seis mil dólares.

—Aún estás a tiempo de volverte atrás, Tab.

—Déjate de historias —sonrió el joven.

—Palabra que no lo comprendo.

—Quizá esté más loco que los demás. ¿No es una buena razón?

—Como tú quieras, Tab, pero creo que muy pronto nos van a cavar la sepultura.

—¿Qué personal tienes contratado en el establecimiento?

—Cuando compré el negocio había seis buenos matones, pero poco a poco se me han ido yendo y ahora solo quedan los mozos de servicio. Sé por dónde vas. No sirven para luchar.

—Contrataremos un nuevo equipo.

—No, Tab. Ya lo intenté y no hubo forma de hacerme con un buen grupo para que me defendiese el local.

—¿Así están las cosas?

Spoker le alargó el fajo de billetes.

—Anda, Tab. Tómalos. Yo sacaré mi pasaje para Nueva York y los dos salvaremos la piel.

Fleming se puso en pie, pegándole una palmada en la espalda.

—Vamos a nuestro negocio. Ya es hora de que los patronos estén allí.

Luke Spoker dio un suspiro y se puso en pie también.

—No digas que no te avisé, Tab.

—Si pasa lo peor, no podré arrepentirme, ¿verdad, Luke? —sonrió Fleming.

Minutos más tarde los dos socios penetraban en El Tazón de Plata.

Era un local amplio, aun cuando estaba pobremente decorado y necesitaba una buena mano de pintura. A la izquierda había un

largo mostrador y a la derecha se extendía la parte destinada a las mesas. Al fondo había una puerta que comunicaba con los reservados donde se jugaba al faro, al póquer o a los dados.

No había mucha gente en el momento en que Fleming observó el lugar a cuya explotación se acababa de asociar.

Luke Spoker le presentó a todo el personal de la casa. Luego el joven quiso ver los reservados dedicados al juego. Solamente había dos partidas entabladas. Una de póquer y otra de dados.

Fleming prestó especial atención a la primera y supo en seguida que uno de los jugadores, un tipo pelirrojo de nariz pecosa, estaba haciendo trampas. Se acercó a él lentamente y le tocó el hombro.

—Hay una joven fuera que pregunta por usted.

El pelirrojo lo miró con ojos empequeñecidos.

—¿Por mí?

—Sí, por usted.

El pelirrojo sonrió jactanciosamente.

—Bueno, uno no se las puede quitar de encima a ninguna hora.

Salió fuera y empezó a mirar a un lado y otro. Fleming estaba junto a él y el otro se le volvió.

—¿Dónde está la chica?

—No hay tal muchacha. Coja el portante y márchese.

—¿Cómo?

—Lo que oye, amigo.

—Oiga, ¿qué mosca le ha picado? A usted le ha dado el sol en la cacerola.

—Aquí no se admiten trampas.

—¿Qué dice?

—Lo que oye.

—Llevo jugando más de un mes en esta casa.

—Pues ya ha dejado de hacerlo.

—Usted no tiene derecho.

—Soy uno de los patronos en el negocio y no consiento que se desplume a nuestros clientes. Aquí no hay sitio para usted.

—¡Ahora va a saber quién soy yo!

El pelirrojo disparó el puño derecho hacia la cara de Fleming. Pero éste, que esperaba el golpe, desvió ligeramente la cabeza, dejando pasar el brazo a la altura de su hombro. Luego sacudió un trallazo en el estómago de su rival, quien empezó a toser, los ojos

desorbitados.

Seguidamente, Fleming lo remató con un potente derechazo al mentón.

El pelirrojo se fue contra la pared y se vino abajo, quedando privado del conocimiento.

Luke Spoker había presenciado la escena desde muy cerca y empezó a sonreír. Hizo chasquear los dedos y dos mozos acudieron al lugar donde se había desarrollado la pelea. Rápidamente cogieron al desvanecido pelirrojo por los sobacos y lo llevaron hasta las puertas de vaivén, por donde lo arrojaron como si fuese un proyectil.

—Esto empieza a marchar, socio —dijo Spoker.

Fleming miró a su amigo.

—Entra en el reservado y reparte el dinero del pelirrojo entre los «primos». Servirá para hacer propaganda de nuestra casa.

Spoker se frotó las manos.

—Me parece que hemos empezado con buen pie —declaró mientras desaparecía en el reservado.

Fleming se dirigió al mostrador y pidió un vaso de *whisky*. Estaba bebiendo cuando Spoker se le unió de nuevo.

Tab se dio cuenta de que el rostro de su amigo es taba pálido.

—¿Qué pasa, muchacho?

—Ahí está el tipo.

—¿Harry Jordán?

CAPÍTULO V

Jordán volvió rápidamente la cabeza hacia el joven.

—¿Quién es usted?

—El socio de Spoker.

—¿Socio?

—Sí, amigo y de acuerdo con ello, aunque Spoker quiera vender yo no quiero.

Jordán sacudió la cabeza al tiempo que se frotaba la mejilla con la mano.

—Vaya, hombre. ¿Desde cuándo es socio de Spoker?

—Sólo han transcurrido treinta minutos.

—Qué pena. Van a ser los treinta minutos más decisivos de su vida, fulano.

—Fleming, Tab Fleming.

—Muy bien, Fleming. Quiero hacerle una pregunta.

—Adelante.

—¿Le contó Spoker lo que pasó aquí hace unas semanas?

—Sí, me habló de que unos cuantos gorilas le estropearon el local. Y eso me, recuerda algo —se dirigió a Spoker—: Oye, socio, recuerda que hagamos un rótulo bien visible en el que se diga: «Reservado el derecho de admisión».

Harry Jordán soltó una carcajada.

—¿Lo habéis oído, chicos? El nuevo socio de Spoker es un tipo con mucha gracia y eso a mí también me recuerda algo. ¿No oímos decir hace un rato a Peter Ryan que necesitaba un payaso? —apuntó con el dedo a Fleming—. Usted puede cubrir esa vacante.

—Tengo ya ocupación —respondió el joven.

—No, amigo, usted tenía una ocupación, pero sólo ha sido por media hora. Ahora va a quedar completamente libre.

—¿Lee también el porvenir, Jordán?

—Sí y lo hago completamente gratis.

Fleming tomó su vaso y apuró el contenido de un solo trago. Luego quedóse mirando muy fijamente a Jordán.

—Me gustaría saber lo que va a pasar.

—Muy sencillo —rió Jordán—. Mis amigos y yo les vamos a pulverizar el local. Será mejor que, durante el tiempo que invirtamos en hacer nuestro trabajo, se vayan a dar una vuelta. Luego, dentro de quince minutos, regresarán aquí y firmarán ese papel, pero habrá una pequeña variación.

—¿Sí?

—Como resultará que el local estará hecho pedazos, el precio sufrirá una baja. Ya no serán tres mil quinientos dólares, sino tres mil.

Hubo un silencio. Luego, Tab sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Jordán. No va a ocurrir nada de eso.

—¿Se va a oponer, Fleming?

—Sí.

Jordán ladeó la cabeza otra vez hacia sus chicos.

—¿No os dije que el tipo resultaba la mar de gracioso…? —Endureció de pronto los músculos mientras dirigía una mirada asesina al joven—. Se está ganando una buena, Fleming. Todavía tiene una oportunidad para arrepentirse. Dé media vuelta y empiece a andar hacia la puerta.

Tab se apartó del mostrador y abrió ligeramente las piernas en compás.

Luke Spoker se puso a su lado, enfrentándose con los cinco hombres.

Harry Jordán los observó haciendo una mueca.

—Bien, empezaremos por vosotros y luego les tocará el tumo a las sillas y a las mesas. Adelante, chicos.

Apenas dio la orden, se apartó porque a él le pagaban solamente como director de orquesta.

Los cuatro energúmenos avanzaron listos para entrar en combate. Como eran cuatro, repartiéronse a sus víctimas.

Fleming disparó su puño derecho contra la humanidad del que estaba al extremo. El impacto restalló con un sonido hueco y el tipo

empezó a sentir arcadas. Fleming le cerró el mentón de un trallazo y el fulano se desplomó en el suelo, convertido en un ovillo. El otro gorila se quedó en suspenso observando lo que le había ocurrido a su compañero. Fueron sólo tres segundos, pero ese plazo de tiempo resultó suficiente para que Fleming cobrase una decisiva ventaja sobre él. Le disparó un puñetazo a la oreja, convirtiéndosela en un resoplo y luego le aplastó la nariz de un izquierdazo, transformándola en una masa de cartílagos y sangre.

Luke Spoker podía hacer muy poco frente a sus enemigos de tumo. Movió los brazos como las aspas de un molino, pero aunque logró colocar algunos golpes, esto no sirvió de mucho. Uno de los tipos que le habían tocado en suerte alargó el brazo, lo cogió por detrás del cuello de la camisa, levantólo en vilo como si fuese un muñeco y empezó a hacerlo girar por encima de su cabeza.

El otro puso los brazos en jarras, riendo.

Justamente en ese instante, Fleming había terminado con sus dos enemigos.

Harry Jordán gritó:

—¡Eh, cuidado con Fleming!

Pero ya era tarde. El tipo que se reía dejó de hacerlo al tener la sensación de que le estaban golpeando el hígado con un mazo. Fue a replicar, pero en eso el joven le machacó la boca. Algunos dientes repiquetearon en el suelo y el ex propietario de ellos se derrumbó de rodillas y se puso a llorar como un infante a la hora del biberón.

El tipo que hacía evolucionar a Spoker, lo soltó al fin y el pobre muchacho lanzó un grito mientras surcaba el aire. Golpeó las espaldas contra el suelo, se deslizó contra la pared y al chocar con ella estuvo a punto de perder el conocimiento.

Fleming cargó rabioso contra el gigante. Soltó una lluvia de golpes, pero el otro apenas se conmovió.

Harry Jordán se frotó las manos, previendo que ahora Fleming no podría hacer nada.

—Anda, Mac Dugal, demuéstrale quién eres tú.

Mac Dugal apretó los dientes con fuerza mientras miraba con fijeza a Fleming.

—Le voy a romper uno a uno todos los huesos, eso es lo que voy a hacer.

Fleming resoplaba jadeante.

Mac Dugal sacudió la cabeza y se echó sobre su rival con los brazos abiertos. Fleming se dio cuenta de que si el otro lo lograba atrapar lo partiría en dos con la misma facilidad que si fuese de cartón.

Rápidamente supo lo que debía hacer. Dejóse caer en el suelo y el otro, al fallar la presa, empezó a flexionarse también. Entonces Fleming levantó los pies, los puso sobre el pecho de Mac Dugal y lo lanzó por encima de su cabeza hacia atrás. El gigante se derrumbó y por unos instantes pareció que también el edificio se iba a venir abajo. Fleming era mucho más ágil y se incorporó rápidamente. Antes de que Mac Dugal lograse a su vez ponerse en pie el joven le conectó un golpe entre los dos ojos y el hombretón volvió a rodar.

Luke Spoker ya se había enderezado y cuando vio cerca de sí al hombre que lo había tratado con tan malos modales, cogió una silla y se la estrelló en la cabeza.

La silla saltó hecha pedazos, pero el tipo puso los ojos en blanco y cayó estrepitosamente en el suelo, para no levantarse.

Fleming sabía que quedaba un enemigo, el propio Harry Jordán. Volvióse rápidamente hacia él y lo descubrió al tiempo que se disponía a sacar el revólver.

El joven hizo un movimiento con el brazo izquierdo mientras encogía los dedos para salir al encuentro del «Derringer».

Jordán ya tenía el revólver en la mano, listo para disparar, pero antes de que pudiese apretar el gatillo sonó un estampido.

Jordán lanzó un grito al sentir que una bala le atravesaba la muñeca. Dejó caer el revólver y se miró el agujero, del que empezaba a brotar sangre.

—¡Maldito sea, Fleming! —gritó.

Tab, con la humeante pistola en la mano, se tomó algún tiempo para recuperar el resuello y luego dijo:

—Recuérdelo, Jordán. Ésta es la última vez que entran aquí usted y sus compinches. Mi socio y yo queremos vivir en paz… Transmítale el mensaje a Peter Ryan. En la ciudad hay sitio para todos y no es nuestra intención marchamos.

Jordán lo miró con respeto y luego hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—De acuerdo, Fleming.

Sacóse un pañuelo y anudóselo a la mano herida. Luego, sin

esperar a sus compañeros, abandonó el local.

Luke Spoker hizo chasquear los dedos y dos empleados se acercaron rápidamente al lugar donde se había desarrollado la pelea.

—Tirad esa basura a la calle, muchachos.

Los mozos fueron cogiendo uno a uno a los cuatro desvanecidos truhanes y los fueron arrojando por las puertas de vaivén.

Los escasos espectadores que habían presenciado la lucha, todavía no habían logrado salir de su asombro. La mayoría de ellos llevaban un buen rato con la boca abierta, sin dar crédito a lo que veían con sus propios ojos.

Luke Spoker acercóse renqueante a Fleming.

—Infiernos, chico. Creo que los años han mejorado tu pegada.

Tab se observó los nudillos despellejados. Luego, sonrió diciendo:

—Siempre conviene un poco de ejercicio para desentumecer los músculos.

Luke se mojó el labio inferior.

—No quisiera hacer demasiada gimnasia. También los médicos dicen que sienta mal.

Tab le palmeó la espalda.

—¿No te parece que es el momento de brindar por nuestra sociedad?

Luke se le quedó mirando sonriente y exclamó:

—¡Que me maten si no es el más apropiado! ¡Vamos allá, muchacho!

CAPÍTULO VI

Elliot Michener, rubio, alto, de unos treinta y cinco años, bien parecido, vistiendo un impecable Príncipe Alberto, besó la mano de Jezabel Wakeman.

—Eres la mujer más hermosa de San Francisco, querida —dijo sonriendo.

—No está mi padre, Elliot —murmuró la joven.

—Lo sabía y por eso he venido.

—¿Algún complot?

—Casi.

La joven hizo un mohín de coquetería.

—Me estás intrigando, Elliot.

La escena se desarrollaba en una sala de la mansión que el banquero había ordenado construir en una de las colinas de San Francisco. Se decía que Wakeman había invertido un millón de dólares en ello y que desde el mármol hasta la más insignificante piedra, había sido traído de Europa.

Elliot observó con ojos codiciosos la figura grácil de Jezabel, mientras ella se acercaba a la ventana, desde la que se observaba el jardín.

—Sabes perfectamente de qué se trata, Jezabel.

—¿Sí? —interrogó ella, mirándolo.

—De nosotros. Hablé ayer con tu padre en el Banco. El está completamente de acuerdo.

—¿En qué?

—En que celebremos nuestra boda el próximo mes.

—Caramba, vas muy aprisa, Elliot.

—¿Para qué demorarlo más? Tú sabes que soy partidario de las acciones rápidas.

—Sí, lo sé, pero pensé que tú estarías muy ocupado, Elliot. Especialmente, ahora que te estás convirtiendo en un competidor de mi padre.

Elliot sonrió de la manera más persuasiva que él sabía hacerlo.

—No quiero competir con Wakeman. Todo lo contrario. Deseo que él y yo sumemos nuestro esfuerzo.

—Y nuestro dinero.

—Sí. ¿Por qué negarlo?

Jezabel sacudió la cabeza.

—No habrá nadie más poderoso que nosotros en San Francisco, ¿verdad, Elliot?

—Eso es cierto. Ni tampoco habrá un hombre que posea una mujer más bella que Elliot Michener.

—Gracias.

—¿Sólo se te ocurre eso, Jezabel?

—¿Qué esperabas?

Elliot se rascó junto a una patilla.

—No sé, quizá algo romántico.

—¿Qué, por ejemplo?

—Que tú no estarías tan lejos como estás ahora.

—Es realmente extraño que tú pidas permiso para hacer una cosa.

—Quizá sea porque tengo la impresión de que tú te encuentras en un punto inaccesible. ¿No te has dado cuenta de ello, Jezabel?

—Cierta vez, siendo muy niña, oí decir a alguien que todo está al alcance de nuestras manos, que basta proponerse una cosa para que uno la logre. Costará más o menos, pero, en fin de cuentas, el triunfo ha de sonreír al audaz.

Elliot sonrió.

—Eso, oído de tus labios, resulta desmoralizador. Eres una Wakeman. Siempre he opinado que cada cual debía quedarse donde está. ¿Qué sería de nosotros si todos se convirtiesen en audaces?

Por unos instantes Jezabel recordó al hombre que había conocido en el Topacio, aquel que se atrevió a introducirse en su camarote y que más tarde la besó por la fuerza.

No, no había conocido en su vida a nadie que fuese tan audaz. Después del incidente había sentido deseos de tener al señor Fleming a sus pies, para hacerle pagar cara su audacia. Pero ¿por

qué pensaba en él ahora? Fleming era un jugador, un individuo que se ganaría la vida en los tugurios. Jamás le volvería a ver y era una lástima, porque ella en San Francisco era la reina y él sólo un vasallo, el lugar ideal para obligarle a arrepentirse de su osadía.

De pronto se dio cuenta de que Elliot estaba hablando otra vez.

—El veintiséis de mayo es una buena fecha, ¿no te parece, querida?

—Sí —contestó ella, saliendo de su abstracción.

—Estupendo, Jezabel.

El rubio avanzó hacia la muchacha y, deteniéndose cerca, la tomó por los brazos.

Jezabel sintió un estremecimiento. Elliot la iba a besar. No lo había hecho nunca antes de ahora. Y de pronto se dio cuenta de que no deseaba aquel beso.

Pero él estaba acercando sus labios y ella entonces cerró los ojos.

Justamente en ese instante se abrió la puerta y penetró Cristina en la estancia como un huracán.

De pronto se detuvo observando a su prima y a Elliot.

—Perdón —dijo excusándose.

Jezabel abrió los párpados y dio un suspiro de alivio, porque Elliot se había retirado sin besarla.

Vio que Cristina se disponía a salir atropelladamente.

—¡Espera, Cris! Ahora recuerdo que he de ir contigo a la ciudad.

Cristina se volvió con una sonrisa.

—Puedo esperar fuera, Jezabel.

Jezabel se apresuró a ir al encuentro de su prima y Elliot salió fuera con ella mientras decía:

—Me perdonaréis que no os acompañe, Jezabel. He de ir a casa de los Hereford.

—No te preocupes, Elliot.

Descendieron por la larga escalinata de mármol y abajo, donde esperaba el carruaje de Elliot, éste se despidió de las jóvenes. Apartó unos instantes a Jezabel de su prima y, mirándola a los ojos, murmuró:

—El veintiséis de mayo.

—Sí, Elliot —asintió Jezabel.

Luego Elliot subió al coche y poco después éste se alejaba por el camino que conducía a la gran puerta de hierro.

Como cosa de veinte minutos más tarde, el tílburi en que viajaban Cristina y Jezabel llegaba a la ciudad de San Francisco.

Iban de compras e invirtieron más de una hora en decidirse por unos encajes.

Salían de la tienda cuando de pronto Cristina dio un tirón de la mano de Jezabel.

—¿Qué pasa? —preguntó ésta.

—¡Mira quién viene por ahí!

Jezabel volvió la cabeza en la dirección que Cristina le señalaba. Al instante creyó que la sangre se le helaba en las venas. El señor Fleming, el tahúr, el audaz, se acercaba andando por la acera, justamente hacia el lugar donde ellas se encontraban.

Fleming no las había descubierto a ellas porque se encontraba demasiado ocupado observando a una morena que se cruzó en su camino.

Cristina se dio cuenta del examen a que Fleming sometía a la mujer y llevóse la mano a la boca riendo.

—Ese hombre es un pillastre.

—Yo diría más bien un descarado —exclamó Jezabel—. Se la ha comido con los ojos.

Fleming llevó su curiosidad hasta el punto de volverse y hacer un gesto de aprobación al observar las amplias caderas de la morena. Luego sacó un cigarro del bolsillo superior de su chaqueta y lo mordisqueó.

Justamente cuando se disponía a encenderlo, levantó la mirada y vio frente a él, a menos de seis yardas, a Jezabel y a Cristina. Al instante se quitó el cigarro de la boca y sus labios empezaron a sonreír.

Jezabel sintió que su pecho era poseído por una rabia sorda. Cogió rápidamente de la mano a Cristina.

—¡Vámonos, Cris!

Cristina estaba sonriendo también al joven, haciéndole una inclinación con la cabeza y ya para entonces, Fleming había echado a andar hacia ellas.

—Buenos días, señoritas.

Jezabel cedió a su impulso y, después de humedecerse los labios con la lengua, dijo:

—No le conocemos a usted.

—¿Oh, no? —repuso él sin perder la sonrisa—. Quizá yo esté equivocado y las confundí con dos maravillosas mujercitas con las que hice un viaje recientemente —fijó la mirada en Jezabel—. Un viaje que resultó inolvidable.

Las aletas de la nariz de Jezabel palpitaron ostensiblemente. Bien sabía ella a qué se refería él. Al beso. No podía ser otra cosa. La audacia de aquel hombre le resultaba insoportable.

—No está usted confundido, señor Fleming —dijo rápidamente Cristina—. Somos las mismas.

—¡Cris! —exclamó Jezabel.

Fleming hizo una inclinación al tiempo que decía:

—Podemos volver a empezar, señoritas. Hay una tribu india al este del Colorado que practica una extraña costumbre. Para que dos personas sean amigas necesitan que se presenten tres veces —hizo una pausa—. Tab Fleming, jugador.

Cristina aceptó sonriente la fórmula.

—Encantada, señor Fleming. Le presento a mi prima Jezabel Wakeman. Yo soy Cristina
O'Malley.

—Es un honor, señoritas —dijo Fleming.

—Tenemos mucha prisa, Cris —alegó Jezabel.

—¡Si ya no tenemos nada que hacer! —repuso Cris.

Jezabel parpadeó buscando una salida y por fin la encontró:

—¿No recuerdas que nos invitaron a almorzar los Wakerfield? Buenos días, señor Fleming.

—Encantado, señoritas. Espero que a la próxima presentación, la tercera, me consideraran como a un amigo.

Cris dijo alegremente:

—Usted ya es un amigo, señor Fleming. ¿Verdad, Jezabel?

La altiva pelirroja miró fijamente al rostro de Fleming, al tiempo que decía:

—Eso es algo sobre lo que tengo mis dudas. Adiós, señor Fleming.

Las dos jóvenes volviéronse y echaron a andar alejándose de Tab, quien las siguió con la mirada hasta que desaparecieron por una calle transversal.

Fleming sonrió durante unos segundos y finalmente encendió un cigarro.

Pocos minutos más tarde penetró en el *saloon* La Espuela de Oro, uno de los locales que según le había informado Luke pertenecían a Peter Ryan.

Había mucho público en el establecimiento y a duras penas pudo abrirse paso para llegar al mostrador.

Pidió un *whisky* y, cuando el mozo se lo sirvió, preguntó:

—¿Dónde puedo ver al señor Ryan?

—Está muy ocupado.

—Yo también, pero he venido a verlo.

El mozo lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Es de la oficina recaudadora?

—¿Cómo lo sabe?

—Sólo los tipos que chupan la sangre hablan como usted.

—Usted es muy listo.

—Encontrará a Ryan en su despacho. La puerta de la izquierda.

Fleming bebió el *whisky*, dejó una moneda de a medio dólar sobre el mostrador y se dirigió al lugar que el mozo le había señalado.

Abrió la puerta sin previo aviso y entró en una habitación donde había cuatro hombres. Uno de éstos se hallaba sentado tras una mesa y los otros tres de pie.

Todos levantaron la mirada, depositándola en el hombre que acababa de aparecer.

Uno de los tipos, alto, broncíneo, dijo:

—Si busca el excusado de caballeros lo encontrará al otro lado.

Fleming dio una chupada al cigarro y repuso mientras expulsaba el humo:

—Sólo busco a un caballero, a Peter Ryan.

El hombre que estaba detrás de la mesa enarcó las cejas.

—¿A mí?

—Soy el socio de Luke Spoker.

Peter Ryan, ancho de hombros, bigote espeso que casi le cubría la boca, dio un salto poniéndose en pie.

—¿Tab Fleming?

—El mismo.

—¿Y se ha atrevido a venir aquí?

—Pensé que usted y yo teníamos que hablar.

Ryan hizo una mueca.

—Viene a vender por fin. Se ha convencido de que no podía luchar contra mí. Justamente estaba ordenando a mis hombres que impidiesen el aprovisionamiento de *whisky* o de cualquier otra bebida. ¿Se da cuenta, Fleming? Tarde o temprano, se hubiesen visto en la ruina. Celebro que no me dé oportunidad de extremar mis medidas con usted.

—Se equivoca, Ryan —repuso Fleming con voz ronca—. No he venido aquí a vender, sino a advertirle que nos deje vivir en paz.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Usted ya tiene demasiados locales y apuesto a que obtiene buenos ingresos. ¿Por qué infiernos ha de impedir que otro se gane honradamente la vida?

—Hace tiempo que decidí no oír ningún sermón, Fleming.

—Es una lástima. Los sermones, a veces, instruyen mucho y generalmente son pronunciados por personas con mucha experiencia.

—Déjese de historias y ya que está aquí, acepte mi oferta.

—Parece que nuestras ideas son distintas, Ryan. Soy yo el que le brinda la oportunidad de contentarse con lo que tiene. Ya tiene mucho trabajo sobre sus hombros. ¿Por qué cargarlos con más responsabilidades?

—No permito a nadie que me dé consejos y menos a usted, un recién llegado. ¿Por qué no preguntó cuando llegó si había puesto para usted aquí, Fleming? Es lo primero de que debió asegurarse.

—Si mal no recuerdo, vivimos en un país libre. Corríjame si me equivoco.

Peter soltó una carcajada.

—¿También usted cree en esas monsergas? Lo celebro mucho. Significa que usted no es tan listo como parecía.

—Mi socio me dijo que perdía el tiempo con usted, Ryan.

—Entonces debió escucharlo.

—No me arrepiento de haber venido. Ha valido la pena. Ahora ya sé que usted va a luchar contra nosotros a sangre y fuego. Siempre me ha gustado conocer las condiciones en que se ha de ventilar la partida.

Peter sonrió jactanciosamente.

—No sea usted ingenuo, Fleming. No le queda la menor probabilidad. Tengo medio centenar de hombres a mi disposición y

en cualquier momento puedo destruir su local y dejarlo como la palma de la mano. Nada ni nadie se nos puede oponer a lo que hagamos, pero me interesa más comprar un edificio que un simple solar.

—Tenga cuidado, Ryan. Soy por naturaleza pacífico, pero cuando lucho lo doy todo. Si alguien intenta destruirme, procuro destruirlo a él antes.

—¡Basta de bravatas!

—Ya está advertido, Ryan. Recuérdelo.

Inmediatamente, Tab giró sobre sus talones y salió del despacho.

Capítulo VII

Elliot Michener observó con ojos fruncidos a Peter Ryan.

—¡Te he dicho un millón de veces que no quiero recibirte en mi casa, Peter!

—Pensé que la advertencia no serviría para un caso urgente.

—¿Qué pasa?

—Se trata del local de Luke Spoker.

—¿Quieres decir que todavía no lo has conseguido?

—No, señor Michener.

—¡Maldita sea! ¿Cómo he de darte a ti las órdenes? Peter Ryan se acarició el mentón.

—Lo siento, señor Michener, pero hice todo lo posible.

Los ojos verdosos de Elliot chispearon de furia.

—No te comprendo, Ryan. ¿Qué es eso de que has hecho todo lo posible? Tienes a tus órdenes a todos los hombres que necesitas para destruir a quien se te interponga en el camino.

—El Tazón de Plata será nuestro, señor Michener. Sólo he venido a decirle que costará un poco más de trabajo de lo que pensábamos.

—¿Por qué?

—Luke Spoker no está ahora solo. Tiene un socio.

—¿Qué hay con ese socio? No me irás a decir que la presencia de un hombre te ha intimidado, ¿eh, Ryan?

—No se trata de eso, señor Michener, pero el tipo ha demostrado ser muy listo y sabe utilizar los puños.

—¿Quién es?

—Tab Fleming, un jugador que tuvo que salir por pies de Oroville. He estado informándome acerca de él y me he enterado también de otra cosa que le atañe a usted, señor Michener.

—¿A mí? ¿Qué es ello?

—Conoció en el barco a su prometida, a la señorita Wakeman.

Elliot Michener entrecerró los ojos.

—¿Qué intentas decirme?

—Hablé con el capitán Mac Leo. Fleming tuvo que refugiarse en el camarote de la señorita Wakeman para impedir que el *sheriff* de Oroville le detuviese y hoy mismo, esta mañana, ha hablado con la señorita Wakeman cuando se encontraron en la calle. Uno de mis hombres los vio.

Durante unos instantes reinó un absoluto silencio en la estancia. Luego, Elliot dejó oír su voz ronca:

—Ese hombre debe morir, Peter.

—Yo había pensado impedirles que pudiesen aprovisionarse de bebidas.

—No basta, Ryan. ¿Es que no te das cuenta? Me tracé un plan para conquistar esta ciudad y hasta ahora he logrado llevarlo a la práctica en todas sus partes. He llegado a ser alguien importante. Naturalmente, la gente me conoce como banquero, pero ignora que mis más importantes negocios son los que se refieren a los locales de juego. Eres tú mi testaferro, Peter y te he pagado con buen dinero.

—No tengo queja, señor Michener.

—Justamente, ahora estoy a punto de conseguir lo que más deseaba. La señorita Wakeman y yo nos vamos a casar el mes próximo. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? La garantía de que nadie podrá conmigo, la plena seguridad de que muy pronto ocuparé el lugar que hoy corresponde al hombre que va a ser mi suegro. No puedo correr ningún riesgo en las actuales circunstancias. Ese hombre, Fleming, ha de ser eliminado cuanto antes. ¿Lo entiendes, Peter?

—Sí, señor.

—Ocúpate de que no llegue a ver la luz del nuevo día.

—¿Esta noche, señor Michener?

—Eso he dicho y te aconsejo que no fracases.

—Descuide, señor Michener. Fleming estará muerto mañana.

—No quiero que se encuentre su cuerpo.

—Se hará como usted desea, señor Michener.

—Confío en que esta vez te vas a ocupar personalmente de que

todo salga bien. Recuerda que con la muerte de ese hombre habremos conseguido también El Tazón de Plata. Te advertí que ocupaba el mejor lugar de la ciudad. Mientras ese establecimiento no sea nuestro, correré permanentemente el peligro de que alguien lo transforme en un negocio verdaderamente próspero y ahora tengo la impresión de que ese Fleming podría ser el hombre que viese claro cuáles son sus posibilidades.

Michener tiró de un cajón y extrajo un arca, la cual abrió con una llave. Sacó un fajo de billetes, que arrojó sobre la mesa.

—Ahí tienes dos mil dólares, Peter. Son para que los inviertas en la muerte de Tab Fleming.

Ryan alargó la mano y cogió el fajo. Sopesólo unos instantes y finalmente lo hizo desaparecer en su chaqueta.

Minutos más tarde, Ryan entraba en La Espuela de Oro.

Desparramó la mirada por el local e hizo una señal a un empleado.

—¿Has visto por aquí a Bruce Craven?

—Sí, está jugando una partida.

—Dile que venga a mi despacho. Necesito verlo urgentemente.

—Está bien, jefe.

Ryan entró en su despacho y se puso a fumar un cigarrillo.

Llamaron a la puerta y él autorizó la entrada. Penetró un individuo alto, cuya mejilla derecha exhibía una larga cicatriz. Su indumentaria era fúnebre. Sombrero, chaqueta y pantalón negros.

—¿Qué querías, Peter? —preguntó.

—Me dijiste la semana pasada que si tenía algún trabajo especial me acordara de ti, Bruce.

Los ojos de Bruce adquirieron un extraño brillo.

—Sí, Peter.

—Ha llegado la hora.

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

—De acuerdo.

—No puedes fallar, Bruce.

Bruce se pasó dos dedos por la mejilla mientras sonreía.

—¿He fallado alguna vez?

—No. Sé que no y por eso te he elegido.

—¿Quién es el fulano?

—Tab Fleming, el nuevo socio de Luke Spoker.

—He oído hablar de él a Jordán. Le baleó con un «Derringer».

—¿Qué te parece a ti?

—Me he enfrentado con muchos jugadores del río desde San Luis hasta Nueva Orleáns. Nunca les dejé oportunidad de exhibir el «Derringer». Sé cómo trabajan. Soy mucho más rápido con el «Colt» que ellos con su chisme. Ya puedes considerarlo como muerto.

—Muy bien, Bruce. Estaré aquí esperándote.

—¿He de hacerlo ahora?

—Sí, ahora. ¿Algún inconveniente?

—Estaba con una rubia que me ha resultado muy simpática.

—Te lo resultará más cuando le digas que tienes un buen montón de billetes.

—Sí, creo que sí —asintió Bruce y sacó el revólver, el cual examinó durante un rato. Finalmente lo devolvió a la funda—. ¿Dónde está Fleming ahora?

—Probablemente tendrás que ir a buscarlo. Es hora de que esté en su local.

—Voy para allá.

Giró sobre sus talones y echó a andar parsimoniosamente.

Peter Ryan lo vio desaparecer con una sonrisa. No, Bruce Craven no había fallado nunca.

Muy pronto, en cuestión de unos minutos, Tab Fleming habría dejado de ser un obstáculo.

Capítulo VIII

Tab Fleming estaba liando un cigarrillo, sentado ante una mesa, cuando oyó la voz del hombre que había junto al mostrador.

—Le pedí *whisky*, mozo.

—Es *whisky* —repuso el empleado que atendía al cliente.

Éste, de pronto, arrojó el vaso contra el suelo, haciéndolo añicos.

En la estancia se hizo un gran silencio.

Tab observó al hombre. Era muy alto y vestía todo de negro.

Luke Spoker llegó junto a él rápidamente.

—¿De qué tiene queja, caballero?

—De ese condenado veneno por el que hacen pagar cincuenta centavos la copa.

—Lo siento, amigo, pero le aseguro que no encontrará mejor *whisky* en la ciudad. Los buenos bebedores lo saben.

—¿Quiere decir que yo no soy un buen bebedor?

—Bueno yo no he querido decir tal cosa —murmuró Luke, hecho un lío—. Si no le gusta, le devolveremos el importe de su vaso.

—No me basta.

—No puedo hacer más por usted.

—Sí, mequetrefe —dijo el irritado cliente—. Tú puedes hacer algo más.

—¿El qué?

—Te vas a poner de rodillas y vas a beber el *whisky* que he derramado por el suelo.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, mequetrefe, ¿o es que necesitas que te lo repita?

Luke Spoker empezó a ponerse colorado. Mojóse el labio inferior con la lengua y balbució unas palabras ininteligibles. Luego trató de sonreír.

—Oiga, amigo: ¿qué le parece si toma una copa gratis y se va a dormir?

El otro hizo una mueca.

—Cree que estoy borracho, ¿eh?

—No yo no he dicho eso, pero…

—Agáchese y empiece a beberse el *whisky* que hay en el suelo. Y dese prisa si no quiere que lo coja por el cuello y le obligue a hacerlo por la fuerza.

Tab Fleming habló gravemente desde la mesa que ocupaba:

—Retírate de ahí, Luke.

El silencio que siguió a las palabras hizo daño a los oídos.

Luke empezó a retroceder.

El hombre de negro giró lenta, muy lentamente, hasta que por fin sus ojos quedaron fijos en Tab Fleming.

—¿Qué dijo usted?

Fleming dio una chupada al cigarrillo y expulsó el humo.

—Es cierto, amigo. Usted no está borracho. Basta mirarle a los ojos.

Bruce Craven, el alborotador, dejó oír una risita.

—Ha tratado de salvar a su amigo, ¿eh?

—Sí.

—Eso está bien, palabra que está bien. Ha querido ocupar el puesto de él, ¿verdad, Fleming? Usted va a ser el que se beba el *whisky* que yo he desparramado por el suelo.

Tab dirigió una mirada al lugar donde había caído el vaso. Sólo quedaba una mancha húmeda porque el *whisky* había sido absorbido por la madera.

—No puedo beberlo, amigo.

—Es igual. Quiero ver cómo hociquea.

—¿Y qué va a pasar si no lo hago?

—Le voy a meter una bala en el centro de la frente.

—Parece muy decidido.

—Ande, dese prisa. Póngase a gatas y venga aquí. Tab meneó la cabeza de derecha a izquierda.

—No voy a satisfacer su capricho, compañero, sino a darle un consejo. Dé media vuelta y salga.

—Es lo que voy a hacer, pero justamente antes le voy a tumbar a usted.

Sobrevino otra pausa. La mano de Craven rozó la culata del revólver.

—Lo envía Peter Ryan, ¿eh, muchacho? —dijo Tab.

—No me gusta su *whisky*. Eso es todo. Le he impuesto un castigo y usted no quiere cumplirlo. Va a morir por eso, Fleming. Defiéndase.

Tab se derrumbó sobre la mesa, la cual se vino abajo estrepitosamente. Su «Derringer» y el «Colt» de Bruce Craven dispararon a un tiempo, pero la rapidez del movimiento del joven le salvó la vida, porque la bala a él destinada le agujereó la chaqueta y luego siguió su camino arrancando de la boca de un viejo la pipa que fumaba.

Luego ya no hubo más estampidos porque el proyectil que había escupido el arma de Tab penetró por las fosas nasales de Bruce Craven y su cabeza reventó como un huevo. Luego el forajido dio un traspié y abatióse sobre el suelo.

Tab apartó la mesa y la silla que se habían caído y se puso en pie observando el cadáver del hombre que había ido allí para asesinarle Eso era algo que no ofrecía duda alguna para él.

Luke Spoker trotó a su lado dando un suspiro.

—Infiernos, Tab. Te has librado de una buena.

—Sólo tuve que esperar el momento en que él sacaría el revólver, pero confieso que tenía más puntería de la que yo le había concedido. Una pulgada más y hubiese conseguido su objetivo.

—Ese Ryan está dispuesto a todo. ¿No crees que es mejor que vendamos?

Un hombre entró en el local, exhibiendo una estrella en el pecho y un arma en la mano. Quedóse inmóvil contemplando el cadáver.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó.

Luke Spoker explicó al representante de la ley la escena que había sobrevenido en el local. Media docena de personas se ofrecieron como testigos, ratificando la historia.

El *sheriff*, un tipo de unos cuarenta años, sacudió la cabeza en sentido afirmativo y quedóse mirando fijamente a Fleming.

—¿Va a permanecer mucho tiempo en San Francisco, señor Fleming?

—Cada vez me gusta más su ciudad y presiento que voy a estar aquí por una larga temporada.

El *sheriff* hizo una mueca.

—Si yo estuviera en su lugar, cambiaría de aires, Fleming.

—¿Por qué?

—No ha encontrado buen ambiente y no es cuenta mía ir pregonando que usted es un buen chico.

—No, *sheriff*. No es cuenta suya, pero ello no me hace cambiar de opinión. Permaneceré en San Francisco.

Luego Fleming echó a andar, pasó junto al cadáver de Bruce y salió a la callé porque de pronto había sentido la necesidad de respirar un poco de aire fresco.

CAPÍTULO IX

Elmer Wakeman encendió un grueso cigarro y después de expulsar la primera bocanada de humo quedóse mirando al hombre que muy pronto se convertiría en su yerno.

—¿Cómo te van los negocios, Elliot?

—No me puedo quejar, señor Wakeman.

—Me han dicho que has hecho alguna operación con los ganaderos de Texas.

—Sí, es cierto.

—He oído ciertas cosas a ese respecto y eso sí que no me gusta.

—¿El qué, señor Wakeman?

—Que algunas puntas de ganado eran robadas y que, por lo tanto, han sido adquiridas por ti a los propios ladrones.

—Uno no puede estar en todo, señor Wakeman. Es posible que me hayan sorprendido en mi buena fe. San Francisco necesitaba carne y yo la he traído. Eso es lo importante.

Wakeman entrecerró los ojos mientras sacudía la cabeza.

—Es una ambición lógica hacer dinero —murmuró entre dientes —. Pero siempre, en lo que respecta a mí, me han importado mucho los procedimientos que se emplean para adquirirlo.

Elliot tuvo que reprimir a duras penas la ira que lo invadía. ¿Qué sabía aquel maldito viejo de las cosas de la vida? Wakeman procedía de una familia ilustre llegada de Nueva York. Su padre había sido banquero y su abuelo también lo fue. Naturalmente, él, Elliot, tampoco se podía quejar respecto a su ascendencia. Procedía de Baltimore y sus padres habían poseído uno de los mejores comercios de aquella ciudad, pero él no se había conformado con aquello y cuando sobrevino la gran estampida del oro, pidió prestados unos dólares a su familia y había llegado así a San

Francisco, donde empezó a acumular una fortuna.

¿Qué importaban los medios? La gente estaba como loca y todo consistía en saber sacar partido de aquel estado de cosas. Sí, era cierto que traficaba con reses robadas y que había ganado muchos miles de dólares especulando con mercaderías de primera necesidad, trigo y azúcar especialmente, pero ése era el juego. Uno debía aprovechar los triunfos que tenía en la mano y, a ser posible, no permitir que el contrario hiciese una sola baza. Sonrió pensando en lo que diría Wakeman si se llegase a enterar de que él, Elliot, era realmente el dueño de los mejores *saloons* de la Barbary Coast.

Sólo le faltaba apoderarse de un *saloon* para considerarse como el monopolista de todos los centros de juego y venta de *whisky*. Había previsto la importancia que esto tendría en el futuro de San Francisco. Quien poseyese la Barbary Coast sería realmente el verdadero dueño de la ciudad. A aquellas horas, Fleming debía estar ya muerto. Todo saldría bien. No necesitaba los millones de Wakeman, pero sentía temor porque alguien que no fuese él entrase en posesión de esa cuantiosa fortuna. Podía ser su único rival. Por ello, desde un principio, pensó en eliminar tal posibilidad convirtiéndose él en el heredero.

Era un hombre de suerte, porque habría ido a por la bolsa aun cuando Wakeman hubiese tenido una hija fea, desprovista de todo encanto, pero he aquí que Jezabel Wakeman era una mujer deseable, de singular hermosura.

De pronto se dio cuenta de que Wakeman lo estaba observando fijamente.

—Sabes cuánto quiero a mi hija, Elliot.

—Lo sé, señor Wakeman.

—Siempre he deseado la mayor felicidad para ella y espero que tú se la proporciones.

Justamente en ese instante llamaron a la puerta.

Wakeman autorizó la entrada.

Apareció un criado que, con voz grave, anunció:

—El señor Fleming solicita ser recibido, señor Wakeman.

Elliot dio un respingo en la silla y volvió la cara alterada hacia el criado.

—¿Qué ha dicho, Tom?

—El señor Fleming, Tab Fleming, señor Michener. Wakeman

repuso:

—No conozco a ningún Fleming. ¿Quién es, Elliot?

—Tengo algunas referencias de él —contestó el rubio—. Al parecer se trata de un desaprensivo, de un tahúr recién llegado a San Francisco…

—¿Y qué busca un hombre de esas condiciones en mi casa?

Elliot se encogió de hombros.

—No merece siquiera que lo escuche. Probablemente es uno de esos individuos que van engañando a la gente. Se habrá enterado de que es usted el hombre más acaudalado de la ciudad y lo ha elegido a usted como víctima.

—Sí, ¿eh? —dijo Wakeman, ceñudo—. Pues le voy a demostrar que está equivocado.

—¿Es que va a recibirlo?

—Sí, aunque sólo sea para darle una lección. Dile que pase, Tom.

Elliot mordió el cigarro con fuerza. Había querido impedir que Fleming entrase en aquella casa y no había hecho otra cosa que facilitarle la entrevista.

Tab Fleming penetró en el despacho, detúvose un instante observando a los dos hombres que se encontraban allí y seguidamente se dirigió al que estaba detrás de la mesa:

—¿Señor Wakeman?

El banquero lo observó detenidamente.

—Sí yo soy.

Tab tendió su mano y el banquero no tuvo más remedio que levantarse unas pulgadas para estrecharla.

Elliot se levantó diciendo:

—Voy a ver a su hija, señor Wakeman. Seguramente ustedes quieren estar a solas.

Lo decía protocolariamente, porque nada en el mundo deseaba más que quedarse allí. Fleming le había impresionado. Parecía un hombre enérgico y de su persona parecía irradiar cierta especie de magnetismo. Cierta vez le habían dicho que un hombre que sabía sonreír tenía las mayores probabilidades de triunfar en la vida y no podía por menos que admitir el que aquel joven, Tab Fleming, sonreía de una forma persuasiva.

—Por favor, quédate, Elliot —dijo Wakeman—. No puedo tener

secretos para el hombre que se va a casar con mi hija.

Fleming miró a Michener y ese momento fue aprovechado por Wakeman para presentarlos.

Fleming estrechó la mano que Elliot le tendía.

Luego, Wakeman carraspeó suavemente:

—Usted dirá, señor Fleming.

—Puedo volver en otra ocasión, señor Wakeman, si es que no me puede conceder unos minutos —dijo Tab.

—Oh, de ninguna forma. Por favor, diga qué puedo hacer por usted.

—Mucho, señor Wakeman y al propio tiempo puede hacerlo también por la ciudad de San Francisco.

—Veamos qué gran obra es ésa —sonrió Wakerman—. Aunque creí que estaban todas realizadas.

—Quiero hablarle de Barbary Coast.

—¿De qué? ¿Se refiere usted a esas calles infectas, en donde pululan los *saloons*, las casas de mujeres y todo lo demás?

—Sí.

—¿Ese estercolero? ¿Ha venido a hablarme de esa basura, señor Fleming?

—Sí, señor Wakeman. Posiblemente ahora es lo que usted dice, un estercolero donde se dan cita las peores gentes del país, que han acudido al conjuro de la palabra mágica: oro. Pero puede ser otra cosa.

Wakeman echó el torso hacia adelante.

—Sinceramente, no le comprendo una palabra, señor Fleming.

—Seré más explícito —Fleming hizo una pausa—. Durante los dos días que llevo en San Francisco he procurado informarme acerca de la situación de esa herida purulenta que tiene San Francisco en uno de sus costados, justamente el izquierdo, el del corazón.

Elliot se echó a reír.

—Es usted muy dramático, señor Fleming. ¿No se le ocurrió nunca explotar sus condiciones de actor?

Fleming dirigió una fría mirada a Elliot, tan fría que el propio Michener sintió que su cuerpo se quedaba helado.

Wakeman tosió suavemente, molesto por la impertinencia del hombre que se iba a casar con su hija.

—Continúe, por favor, señor Fleming.

—Sí —dijo Tab y volvió la mirada al banquero—. Como le iba diciendo, esa podredumbre puede ser cortada de raíz, señor Wakeman. No es mi idea, ni mucho menos, el transformar San Francisco en un correccional o en un lugar idílico donde sólo existan personas de suprema bondad. Todos nosotros sabemos que eso es imposible de lograr, porque estamos hechos de barro, pero sí se puede desterrar, en lo posible, de la Barbary Coast, el crimen, el robo, el engaño. En resumidas cuentas, la rapiña.

—¿De qué forma lo iba a conseguir usted, señor Fleming?

—Dándole a la gente lo que la gente quiere. Juego, *whisky* y espectáculos.

Elliot soltó una risita.

—Ni más ni menos, lo que tiene ahora.

—Se equivoca —dijo Fleming.

—Usted es un tipo listo, Fleming —dijo Elliot—. Parece ser, si no le entendí mal, que lo único que usted pretende es convertirse en el mandamás de la Barbary Coast.

—El único objetivo que persigo es el de hacer una limpieza, señor Michener. Como ya he dejado sentado, los ciudadanos tendrán sus locales para esparcimiento. He girado una visita por la mayoría de establecimientos de ese barrio y en todos ellos, a excepción de uno, se practica el juego con trampas.

—Bueno —dijo Wakeman—. Es imposible evitar el juego con trampas.

—No se trata de tahúres independientes, señores, sino, como he tenido ocasión de comprobar, de fulanos que trabajan por una comisión a cuenta de la casa.

Los ojos de Elliot se entrecerraron.

—Siempre he oído decir que sólo un tahúr puede desenmascarar a otro tahúr.

Fleming volvió a mirar a Michener y durante unos segundos en la estancia reinó un silencio absoluto.

—Señor Michener yo soy un jugador. Conozco todos los trucos que emplean los tahúres, desde el más simple al más complicado, pero jamás he puesto en práctica ninguno de ellos. No los he necesitado.

Wakeman observaba con atención a su visitante.

—Continúe, señor Fleming. ¿Cuál es concretamente su plan para hacer ese milagro?

—Tengo ya un local en la calle más importante de la Barbary Coast, El Tazón de Plata. Un amigo mío era el propietario. Estaba siendo amenazado por Peter Ryan, el hombre que regenta la mayor parte de los locales de esa zona. Mi amigo estaba dispuesto a abandonarlo porque no podía resistir la campaña que Ryan había organizado contra él. Por fortuna llegué a tiempo de disuadirlo y ahora soy su socio.

—Ignoraba que pasasen esas cosas —dijo Wakeman y sonrió—. Es realmente curioso y muy emotivo, sí, señor.

Elliot se mordió el labio con fuerza. Veía a su futuro suegro interesado en la idea de Fleming.

—Querido señor Wakeman, le aconsejo que no siga escuchando a este hombre. ¿Necesito recordarle que es un embaucador?

Fleming miró a Elliot.

—Parece que se ha molestado usted en recoger informes acerca de mí, señor Michener.

—Desde luego lo he hecho.

—Bebió en un abrevadero de agua sucia.

Elliot, el rostro enrojecido, saltó de la silla poniéndose en pie.

—¡No le consiento que me ofenda, señor Fleming!

Wakeman empezó a reír y tuvo que pasarse una mano por la cara. Rápidamente dijo:

—Caballeros, ¿he de recordarles la casa donde se encuentran?

Fleming hizo una inclinación.

—Perdóneme, señor Wakeman y también le presento mis disculpas a usted, señor Michener.

Elliot no replicó. Sentíase cada vez más irritado. Aquel hombre hacía gala de una serenidad que él estaba lejos de poseer. Ahora se daba cuenta de que realmente era un mal enemigo.

—Prosiga, señor Fleming —dijo Wakeman.

—Ya le he dicho que tengo un local. Es muy amplio, pero no reúne las mínimas condiciones de higiene. He pensado que necesitaría mucho dinero para transformarlo en un auténtico palacio, en un lugar donde al cliente se le vendiese verdadero *whisky* a un precio honesto, donde cualquiera pudiese jugar con el natural riesgo, pero con la plena seguridad, al propio tiempo, de

que, si el azar estaba de su lado, pudiera llevarse una bolsa de oro. No es necesario engañar al público para ganar dinero, señor Wakeman. Lo único que pasa es que, por regla general, quienes expenden el *whisky* o patrocinan el juego, quieren ganar muy por encima de un límite razonable.

Hubo otra pausa. Elliot Michener creyó llegado el momento de intervenir.

—¿Y se ha atrevido usted a venir a esta casa a solicitar dinero del señor Wakeman para un negocio de tanta suciedad?

—No es un negocio sucio, señor Michener —lo corrigió Tab con voz dura—. Lo único que pretendo es combatir a Peter Ryan utilizando sus propias armas.

—¿Quiere convertir la Barbary Coast en un campo de batalla?

—Lo haré si es necesario.

—¿Y la ley?

—Al parecer a la ley le importa muy poco las cosas que están sucediendo actualmente y me figuro que cuando haya de tomar un partido se decidirá por el bando que demuestre estar en posesión de la razón.

—¡Bravo! —exclamó Wakeman.

Elliot volvió la cabeza hacia el padre de Jezabel y la sangre le ardió en las venas al verlo sonriente.

El banquero cruzó los dedos apoyando los codos en la mesa.

—¿Cuánto necesitará, señor Fleming?

—Para empezar, bastará con cincuenta mil dólares. Elliot soltó una exclamación.

—¡Cincuenta mil dólares! ¿Se ha vuelto loco? Yo sé lo que haría usted con el dinero del señor Wakeman, Fleming. En cuanto lo tuviese en sus manos, se largaría de San Francisco…

Los ojos de Fleming llamearon como dos ascuas.

—Si no fuese por el respeto que le debo al señor Wakeman, ahora mismo le haría pagar sus palabras, señor Michener.

Wakeman se puso en pie.

—¿Por qué han de discutir? Elliot, lo que se propone este hombre es digno de ser financiado por cualquier persona decente.

Elliot contestó rápidamente:

—No tengo más remedio que dudar acerca de lo que hará el señor Fleming con su dinero. ¿Qué referencias tiene de él? ¿Cómo

sabe siquiera que va a resultar triunfante en su lucha? ¿Cree que Peter Ryan se va a estar quieto?

—No es Peter Ryan mi mayor enemigo —murmuró Tab.

Elliot volvió rápidamente la cabeza hacia él.

—¿Qué intenta sugerir?

—Estoy dispuesto a apostar a que Peter Ryan no es realmente el hombre con quien me tengo que enfrentar.

Wakeman frunció el ceño.

—Explíquese, señor Fleming.

—Hablé con Ryan esta mañana y no me ha parecido un hombre capacitado para lograr todo cuanto ahora posee. Estoy decidido a apostar a que detrás de él existe otra persona.

—¿Quién? —preguntó el banquero.

—Lo ignoro, señor Wakeman. Acabo de llegar a la ciudad, pero espero enfrentarme pronto con la persona que realmente mueve las marionetas.

—Está bien —dijo Wakeman—. Usted me inspira confianza, señor Fleming. Cuente con los cincuenta mil dólares.

Elliot pegó un puñetazo en la mesa.

—¡No puede hacer eso, señor Wakeman!

—¿Por qué no, Elliot?

—Es inaudito, insólito. ¿No tiene en cuenta su apellido, señor Wakeman? Va a financiar el vicio en Barbary Coast.

—Por el contrario, creo que voy a colaborar en una buena obra —Wakeman hizo una pausa mirando a Tab—. Desde ahora cuente usted con mi confianza, espero que sea merecedor de ella.

Fleming sacudió la cabeza.

—No se arrepentirá usted, señor Wakeman. Se lo prometo.

—Está bien, venga mañana a mi oficina del Banco. Le abriré una cuenta por la cantidad que me ha solicitado.

—¿Le parece bien a las diez?

—Será una magnífica hora, Fleming.

Los dos hombres cambiaron un apretón.

En aquel momento se abrió la puerta bruscamente. —Papá— dijo una voz y de pronto se interrumpió. Fleming volvió la cabeza y vio enmarcada en la puerta a Jezabel. La joven, prodigiosamente hermosa, estaba asombrada, con la boca abierta, mirando al hombre a quien menos podía suponer bajo su mismo techo.

—Oh, señor Fleming —dijo Wakeman—. Le presento a mi hija Jezabel.

Fleming dio unos pasos hacia la joven e hizo una inclinación.

—Encantado, señorita Wakeman.

—Mucho gusto —repuso Jezabel con voz seca.

Elliot Michener llegó al paroxismo de su rabia. Sabía que los dos jóvenes se habían conocido en el barco fluvial que les trajo de Oroville y ahora se comportaban como si ignorasen su existencia.

—Con su permiso, señorita —dijo Fleming, tras hacer una nueva inclinación.

Dedicó una nueva sonrisa a Wakeman y un frío saludo a Elliot y salió por la puerta rozando casi a Jezabel.

Cuando el eco de las pisadas del visitante se hubieron perdido hacia el *hall*, Jezabel cerró a sus espaldas y preguntó:

—¿Qué quería ese hombre, papá?

—Negocios, nena.

—¿Negocios?

—¿Por qué lo preguntas? Nunca te he visto interesada en mis cosas.

—Ni tampoco lo estoy ahora —dijo ella, mordiéndose el labio inferior.

—Bueno yo voy a leer un rato a la biblioteca. Supongo que os tendréis que decir muchas cosas, ¿eh, Elliot?

Wakeman se levantó del sillón y acercóse a su hija, dándole un beso en la frente.

—Será mejor que despidas pronto a tu prometido. Recuerda que has de ir pronto a la cama, hija mía.

—Sí, papá.

Wakeman hizo un saludo con la mano a Elliot y salió fuera, dejando solos a los jóvenes.

Durante un rato reinó un silencio entre ellos. Luego Elliot dijo:

—He tratado de impedir que tu padre realizase una descabellada idea.

—¿De qué se trata, Elliot?

—Ese tipo, Fleming, trata de establecer un bajo negocio en San Francisco. *Whisky*, juego, mujeres…

—¡No!

—Sí, Jezabel. Por eso ha venido aquí esta noche el señor

Fleming y debo confesar que es un sujeto con magníficas condiciones oratorias.

La joven se quedó otra vez perpleja.

—¿Quieres decir que mi padre va a financiar su plan?

—Exactamente, Jezabel. Yo he tratado de disuadirlo, pero no lo he logrado porque ese Fleming sabe tocar oportunamente cada tecla.

—¡No lo consentiré!

—Depende enteramente de ti, querida.

—Hablaré inmediatamente con mi padre. ¿Quieres disculparme, Elliot?

—Sí ya me iba.

Elliot avanzó hacia la joven. Fue a besarla en la boca, pero ella ladeó ligeramente la cara y recibió el beso en la mejilla.

Luego salieron fuera del despacho y él se dirigió a la puerta mientras Jezabel caminaba hacia la biblioteca.

Encontró a su padre leyendo un libro.

—Papá, quiero hablarte.

—¿De qué, hija? ¿Se ha ido Elliot?

—Sí, se ha ido. Casi lo eché yo.

—¿Habéis reñido?

—No.

—¿De qué se trata?

—Del señor Fleming.

—Oh, te ha hablado Elliot acerca de nuestra conversación.

—Sí, me ha hablado.

—Parece que a él no le ha caído en gracia ese hombre.

—Ni a mí tampoco.

—Si apenas lo has visto.

—Te equivocas, papá. Ya lo conocía.

—¿Cómo?

A continuación la joven relató a su padre la forma en que había trabado conocimiento con Fleming en el puerto fluvial de Oroville. De pronto, Wakeman soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes, papá?

—Tuvo gracia eso de que te lo encontrases en tu camarote.

—¿Te parece a ti?

—Después de todo, según me acabas de contar, procedió con

toda corrección.

—Pero ¿es que no te das cuenta de la clase de tipo que es?

—Tú y Elliot me habéis hablado del señor Fleming como de un individuo de mala catadura, pero ocurre una cosa muy graciosa y es que, hasta ahora, no me habéis dado ninguna prueba que me convenza.

Hubo un silencio y luego Wakeman prosiguió:

—Fleming me ha parecido un hombre honrado. Llámalo golpe de vista, corazonada, o lo que tú quieras, pero es así. Naturalmente, a veces me he equivocado, pero tengo la impresión de que en el caso concreto de Fleming se trata de un hombre honesto y, lo que es más importante aún, persigue un fin justo.

—Me niego a creerlo.

—¿Por qué, Jezabel?

La joven mordióse el labio inferior y luego observóse la punta de los zapatos.

—Llámalo también como tú quieras, corazonada o golpe de vista, pero, sinceramente papá, siento que te mezcles en negocios dudosos con tipos más dudosos aún.

Wakeman frunció el ceño.

—No comprendo tu interés, Jezabel. En el peor de los casos, sólo significaría para mí una pérdida económica —el banquero hizo una pausa—. Confía en mí, pequeña. ¿Quieres?

La joven dio media vuelta rápidamente y salió del despacho sin decir una palabra más.

Capítulo X

Peter Ryan vio cómo Elliot Michener aparecía por la puerta de emergencia de su despacho, justamente la que daba a la puerta trasera de La Espuela de Oro.

—Señor Michener, ésta sí que es una sorpresa.

Elliot se detuvo ante Ryan y de pronto le soltó un puñetazo en la cara.

Ryan lanzó un grito y desplomóse en el suelo. Se levantó sacudiendo la cabeza, trastabilló y por fin se apoyó en la mesa.

—¿Qué le pasa, señor Michener?

—¡Has fallado otra vez!

—Me disponía a ir a contárselo. No fue culpa mía.

—No me importa de quién ha sido la culpa. ¿Qué pasó?

—Fleming fue mucho más rápido que Bruce Craven. Envié allí a dos de mis hombres y me lo contaron.

—¿Qué te contaron? ¿Acaso Fleming le disparó por la espalda?

—No, señor Michener. Se enfrentaron cara a cara. Fleming estaba sentado y Craven de pie. Lo único que pasó es que Fleming utilizó una treta. Saltó de la silla hacia un lado. Mis muchachos aseguran que Craven disparó una décima de segundo antes, pero no le valió. Fleming lo mató de un solo disparo.

Elliot empezó a pasear por la habitación como un animal inquieto.

—No sabes todavía lo peor, Ryan.

—¿El qué, jefe?

—Fleming ha ido personalmente esta noche a hablar con mi futuro suegro.

—¿Qué dice?

—Lo que oyes. Y lo más inverosímil de todo es que ha

conseguido que Wakeman le preste cincuenta mil dólares para convertir El Tazón de Plata en el mejor *saloon* de Barbary Coast.

Seguidamente, Elliot contó a Peter Ryan todo cuanto se refería a la escena que se había desarrollado en casa de Wakeman. Luego los dos hombres quedaron en silencio.

—¿Qué va a pasar, jefe? —preguntó Peter Ryan.

—Nada. No va a pasar nada.

—Ese Fleming está probando que es un tipo con agallas.

—Yo le demostraré que hizo un mal negocio al meterse donde no lo llamaba nadie. Lo va a pagar con la vida. Te lo juro, Ryan.

—Pero él ya se ha librado unas cuantas veces de mis hombres y me temo que ese fulano tiene siete vidas como los gatos.

—Buscaré un procedimiento para deshacerme de él fácilmente.

—¿Cree que puede existir alguno?

—Ya verás como sí.

Llamaron a la puerta. Ryan dirigió una mirada a Michener, el cual escondióse detrás de un biombo.

Peter autorizó la entrada.

Apareció un hombre de regular estatura y largas patillas, que dijo:

—Señor Ryan, fuera hay una comisión de festejos de la Barbary Coast. Quieren hablar con usted como presidente de la comisión para que apruebe el programa que ha de celebrarse en la próxima semana.

—Está bien, Barton. Me vas a disculpar. Diles que tengo una fuerte jaqueca. Que vengan mañana.

—De acuerdo, señor Ryan.

Barton salió fuera y Elliot reapareció detrás del biombo.

—Siento la interrupción —se disculpó Ryan.

Elliot se mantuvo pensativo un rato y de pronto hizo chasquear los dedos.

—¡Eso es!

—¿De qué se trata, señor Michener?

—Esa comisión de festejos me acaba de dar una idea.

—No lo acabo de comprender.

—¿Es que no te das cuenta, Peter? Faltan solamente cinco días para la semana próxima.

—Sí, señor.

—Y entonces comenzarán las fiestas. ¿En qué consisten? ¿Lo recuerdas?

—En que todo el mundo se pone a beber. Gentes de todas partes acuden a San Francisco. Muchos vienen con la idea de gastarse una pequeña cantidad, pero luego la mayoría de ellos regresan sin un centavo.

—Eso no me importa ahora, Ryan. ¿Qué ocurre por las noches? Se celebran grandes castillos de fuegos artificiales. La Barbary Coast parece arder por los cuatro costados. Arder. Ésa es la palabra.

—¿Qué quiere decir?

—Le pegaremos fuego a El Tazón de Plata, Fleming morirá asado dentro junto con su socio Luke Spoker.

—¿Cómo vamos a lograr eso?

—Les enviaremos unos cuantos hombres. Los atarán y amordazarán. ¿No resulta sencillo?

—Sí, creo que sí —sonrió Peter.

—No habrá escapatoria esta vez para Fleming.

—Caramba, cada vez me parece mejor la idea.

—Escúchame bien, Peter. Esta vez voy a tomar yo el mando del asunto. Tú te limitarás a obedecer.

—Sí, señor.

—Quiero ver aquí a todos los hombres la noche que se celebre el primer festejo.

—No faltará nadie. Daré la orden.

—Bien, Ryan, creo que al fin hemos dado con algo bueno. Después de todo, será también para mí una satisfacción el derrotar a mi suegro, aun cuando él nunca sabrá quién es la persona que ha ordenado la eliminación de Fleming. A propósito de eso, debo advertirte una cosa que no te conté antes.

—¿El qué, señor Michener?

—Ese Fleming ha olfateado algo. No cree que tú seas el jefe de todo esto.

—Infiernos, parece que sabe usar también la cabeza.

—Sí, reúne todas las condiciones para triunfar, pero le falta una que poseo yo. La lucha en San Francisco no es precisamente un duelo entre caballeros. Hay que echar mano a todos los recursos y yo soy un hombre que sabe emplear el que es preciso en cada caso.

—Sí, señor Michener. Entonces, ¿a partir de ahora no debemos

metemos con El Tazón de Plata?

—Exactamente. De esa forma resultará mucho mejor. Luke Spoker y Fleming se confiarán. Dentro de dos o tres días estarán seguros de que los vamos a dejar en paz. De esa forma resultará mucho más fácil.

—Es un plan que sólo se le podía ocurrir a usted, señor Michener. Lo considero realizable.

—Si, Ryan. Dentro de cinco días, Fleming se habrá ido al otro mundo y yo empezaré a prepararme para ser el hombre más importante de San Francisco.

Y al decir estas palabras, la ambición y el orgullo parecieron brillar en los ojos de Elliot Michener.

CAPÍTULO XI

Tab Fleming se ablucionaba en el lavabo a torso desnudo, luego cogió la toalla y empezó a secarse.

Estaba contento. Ahora eran las nueve y pasada una hora se llegaría al Banco de Wakeman para formalizar la operación de crédito que el banquero le había prometido.

Silbaba una canción alegre que aprendió en Denver, Colorado.

De pronto llamaron a la puerta.

—Adelante, Luke.

La puerta se abrió, pero no era Luke sino Jezabel Wakeman.

Tab frunció el ceño, pero en seguida empezó a sonreír.

—Caramba, señorita Wakeman. No esperaba tanto honor.

La joven vio el torso varonil desnudo y al instante sus mejillas enrojecieron.

—Volveré en otro momento.

—Oh, no, señorita Wakeman. No se marche, en seguida me cubro.

Tab cogió una camisa que tenía sobre una silla y se la puso. Mientras la abotonaba sonrió al ver que la joven se había vuelto de espaldas. Eso le dio oportunidad para admirar su estrecha cintura y sus caderas de ánfora. Debía poseer las piernas muy largas, como a él le gustaba y su cabello, aquel cabello que tanto le había maravillado a él la primera vez que lo vio, parecía ahora del color de la caoba.

Se puso la chaqueta y entonces dijo:

—Ya puede volverse, señorita Wakeman.

Jezabel giró lentamente.

—Supongo que se hará cargo de lo que significa mi presencia aquí, señor Fleming.

Tab se rascó la oreja.

—Debo confesar que he recibido a unas cuantas chicas en mi habitación.

—¡Señor Fleming!

—Oh, no voy a decir nada pecaminoso, señorita Wakeman. Precisamente iba a añadir que no todas me visitaron con las intenciones que usted cree. Naturalmente, para la sociedad que usted frecuenta, el hecho de que una joven visite a un hombre en su habitación sólo puede significar una cosa.

—No he venido aquí a discutir principios morales, señor Fleming.

—Está bien. Diga entonces cuál es el motivo de su visita.

—Mi padre.

—Oh. ¿Le ocurre algo a su padre?

—Está a punto de realizar un negocio con usted.

Hubo un silencio y luego Fleming sacudió la cabeza.

—Y al parecer, eso le ha quitado el sueño esta noche, señorita Wakeman.

—No hasta ese punto.

—Observo en su cara unas profundas ojeras, aunque le debo confesar que ello le presta una rara belleza.

La joven levantó altivamente la barbilla en aquel gesto suyo tan peculiar.

—¿Puede prescindir de los requiebros, señor Fleming?

—Si ése es su deseo, lo haré, aunque realmente tendré que hacer un esfuerzo.

—Sigamos hablando de mi padre.

—Adelante, señorita Wakeman.

—No quiero que acuda usted a la cita que han acordado.

—Soy un hombre de palabra, señorita Wakeman.

—Le ruego que se quite la máscara, señor Fleming.

—¿La máscara?

—Sí —sonrió irónicamente la joven—. A mí no me puede engañar.

—Oh, a usted no la puedo engañar —repitió él—. Mala suerte para mí, ¿verdad?

—Por fortuna lo conocí a usted en unas circunstancias que no dejaron lugar a dudas sobre su verdadera personalidad, señor

Fleming.

—Y usted, teniendo en cuenta sus conocimientos, quiere impedir que su padre cometa un error, ¿no es eso, señorita Wakeman?

—Exacto, señor Fleming.

—Está bien, escúcheme.

—No he venido a escucharle a usted, sino a que me oiga a mí.

—Creí que ya había terminado.

—No.

—Está bien, acabe.

—No quiero que vuelva a ver a mi padre, ni en el Banco, ni en casa. No quiero que vuelva a verme a mí.

—Ni en su casa, ni en la calle —dijo él sarcásticamente.

—No queremos ningún trato con usted. Absolutamente ninguno.

—¿Es eso todo?

—Sí, eso es todo.

—Está bien, señorita Wakeman. Ahora es mi turno. No me interrumpa. —Tab hinchó los pulmones—. En primer lugar, usted se precia de conocer mi verdadera personalidad y está completamente equivocada. No soy el individuo que usted cree. En segundo término, el negocio que me va a unir a su padre persigue un fin completamente honrado. En tercer término, he tenido siempre por norma el no hacer caso de las sugerencias que me haya podido hacer una mujer caprichosa.

—¡No le consiento…!

—¡Cállese! Le advertí que no me interrumpiese. Aún no he terminado. Ya va siendo hora de que aprenda a escuchar a los mayores. Usted es muy bella, señorita Wakeman, muy hermosa, pero debe comprender que el mundo no es lo que usted cree. Hay personas buenas o malas, pero ellas no se conocen a simple vista, ni tampoco se puede juzgar a nadie por lo que acerca de ellas haya podido decir otra persona. Aprenda a sacar sus propias conclusiones, pero no lo haga nunca temerariamente, dejándose llevar por sus sentimientos.

Fleming terminó de hablar y en la estancia se hizo un sepulcral silencio.

—Así, pues —dijo al fin ella—, ¿va a hacer ese negocio con mi padre?

—Sí, lo voy a llevar a cabo, señorita Wakeman.

—Le haré arrepentirse.

—Puede hacer lo que quiera.

El pecho de Jezabel se agitó embravecido por la ira.

—Pensé que usted accedería, señor Fleming.

—Se equivocó.

Jezabel sonrió, pero no lo hizo de una forma normal. Abrió un bolso que tenía en la cama y sacó un fajo de billetes, que dejó encima de la cama.

—¿Qué es eso? —preguntó Fleming, aunque bien lo sabía.

—Cinco mil dólares. Todos para usted.

—Ya veo que no han servido para nada mis palabras.

—Es lo que usted quiere, señor Fleming. Dinero. Coja de una vez esos billetes y márchese.

Fleming se acercó a la cama y tomó el fajo de billetes. Lo observó unos instantes y luego se acercó a la joven.

—¿Sabe lo que debía de hacer ahora, señorita Wakeman?

—¿Acaso pedirme más?

—No. Ponérmela sobre las rodillas y pegarle una buena azotaina.

—¡No se atreverá!

—No, no me voy a atrever y es esta habitación la que la salva, señorita Wakeman. Usted empezaría a dar gritos y los demás huéspedes pensarían que aquí está ocurriendo otra cosa.

La joven sonrojó las mejillas. El sonrió y luego, tranquilamente, le abrió el bolso y dejó caer en el interior el fajo de billetes.

—¿Es su última palabra, señor Fleming? —preguntó ella.

—Me he propuesto realizar algo en San Francisco pese a quien pese. Y otra cosa, señorita Wakeman. Usted es demasiado bonita para que nosotros dos nos veamos a solas. Procure no darme otra oportunidad.

—¿Qué quiere decir?

—Que me gusta usted mucho y yo soy un hombre que a duras penas puedo contener mis impulsos.

Tab estaba muy cerca de Jezabel y tomándola por un brazo tiró de ella con fuerza y luego le selló la boca con la suya.

La muchacha forcejeó y al fin se libró retrocediendo un paso.

—¡Es la segunda vez que lo hace, señor Fleming!

—Lleva usted bien la cuenta, señorita Wakeman, pero se lo

acabo de advertir. ¿Qué culpa tengo yo? Usted me gusta.

Los ojos de la hermosa brillaron rabiosamente. Respiró entre jadeos porque la furia brotaba de su pecho incontenible.

—No olvidaré esto fácilmente, señor Fleming.

—Ni yo tampoco —repuso él sonriente—. Se lo aseguro, señorita Wakeman.

Ella apretó los dientes con rabia y finalmente salió de la habitación, cerrando de un fuerte portazo.

Fleming quedóse mirando la puerta mientras oía el rápido taconeo de ella al dirigirse a la escalera. Sí, Jezabel Wakeman era una mujer maravillosamente deseable.

CAPÍTULO XII

Luke Spoker desparramó la mirada por su local. Doce hombres trabajaban muy aprisa, pintando, decorando, recomponiendo las paredes, las columnas, el mostrador…

Fleming se hallaba sentado en una silla, en mangas de camisa, observando el plano del arquitecto en el que se reflejaba la renovación a la que estaba siendo sometida El Tazón de Plata.

Luke caminó hacia él.

—Infiernos, Tab. ¿Tú crees que va a quedar esto bien?

—No tengo la menor duda, Luke.

—¿Y me vas a hacer creer que estará listo para cuando comiencen los festejos de Barbary Coast?

—Dentro de un rato vendrán otros doce hombres y por la noche estableceremos un turno especial —Tab sacudió la cabeza—. El Tazón de Plata abrirá sus puertas la noche que comiencen los festejos, exactamente pasado mañana.

—Me va a parecer un milagro.

—No hay mejor milagro que pagar bien a los obreros. ¿No ves cómo se mueven?

—Hay otra cosa que me asombra, Tab.

—¿De qué se trata?

—Es acerca de ese Peter Ryan. Sus hombres no han aparecido por aquí desde que ocurrió aquello de Bruce Craven.

—Sí, a mí también me inquieta un poco, aunque puede existir una explicación. Esperan a que inauguremos el nuevo local para hacernos más daño.

—¿Tú crees?

—Temo que sea así.

—¡Cielo santo, Tab! No has encontrado todavía nuestro equipo

de matones.

—Justamente me iba a ocupar de eso esta mañana.

Tab púsose el chaleco y la chaqueta que había dejado sobre una silla.

—Voy a dar una vuelta por la ciudad. Será mejor que permanezcas aquí hasta que yo regrese.

—De acuerdo, Tab. No te preocupes. Aquí estaré.

Tab salió a la calle mordisqueando un cigarrillo y un poco más allá se detuvo y lo encendió. El banquero Wakeman había cumplido su palabra facilitándole un crédito de cincuenta mil dólares. Tab había empezado a sacar dinero tres días antes y a estas horas la máquina que él había puesto en marcha funcionaba a la perfección. Pero todo aquello parecía demasiado sencillo. Un sexto sentido le advertía que las cosas no podían ser tan fáciles, que en el momento más inopinado alguien surgiría para echar por tierra todo su esfuerzo. Bien, debía de estar preparado.

Alejóse de la más importante arteria de Barbary Coast, donde Peter Ryan tenía sus locales y ellos el suyo. Una espesa niebla se había cernido la noche anterior sobre San Francisco y ahora, a primeras horas de la mañana, el sol había entablado una dura batalla para abrirse camino. Apenas se podía ver a más de dos yardas de distancia.

Tab llevaba tres días sin dormir en su hotel. Lo hacía en el propio *saloon* que se estaba construyendo, ante el temor de que los bandidos de Ryan aprovechasen la noche para asestar el golpe.

Se internó por el barrio más miserable de San Francisco, cerca del puerto, donde la niebla era aún más espesa.

De pronto oyó que una mujer pedía socorro.

Se detuvo para localizar la voz. Venía de la derecha. Echó a correr rápidamente. Otra vez oyó el grito. Estaba muy cerca, a unas doce yardas. De pronto la acera por donde corría terminó bruscamente y sus pies se perdieron en el vacío. Lanzó una maldición y golpeó las rodillas contra un charco de agua y barro.

Se disponía a levantarse cuando de pronto sintió el contacto de la punta de un cuchillo en el cuello.

—Quieto, míster, o se la gana —dijo una voz ronca.

Fleming permaneció inmóvil, porque sabía que el hombre que lo amenazaba no lo hacía en vano.

Una mujer soltó una risotada.

—¿Cayó una pieza, Fred?

El llamado Fred dejó oír una risa cavernosa.

—Sí, nena y me parece que es un auténtico caballero.

Tab soltó una maldición para sus adentros. Se había dejado engañar como un chiquillo. Aquellos tipos habían puesto en práctica una treta bien conocida, la mujer que pedía auxilio y él tenía obligación de conocerla, puesto que era la favorita de los truhanes de Nueva Orleáns. Pero lo peor de todo era que llevaba seis mil dólares en la cartera, justamente el resto de la cantidad que había sacado el día anterior del Banco para pagar una factura de materiales.

Fred, el ladrón, se agachó sobre él sin dejar de aplicarle la punta del cuchillo en la garganta.

—No haga un movimiento en falso, míster —le advirtió—. Voy a quitarle la cartera. Es lo único que me interesa.

Fred lo registró habilidosamente, sacándole la cartera.

—Toma, nena —dijo—. Echa una ojeada a esto.

Fleming trató de cambiar de posición, pero el otro apretó más la punta del cuchillo y el joven sintió que le rasgaba la piel.

—Vamos, míster, no haga tonterías. Todo esto no es más que un atraco.

—Ya tienen mi cartera. ¿Por qué no me dejan en paz?

—Sólo nos falta saber qué hay dentro. Dilo tú, nena. Hubo un silencio.

—¡Eh, nena…! —llamó Fred—. ¿Es que no me oyes? Nadie contestó.

—¡Suzy! ¿Dónde estás?

Tampoco hubo respuesta.

—¡Maldita sea! —gritó Fred.

Fleming dio un suspiro.

—Su compañera se la acaba de jugar, amigo. Cogió la cartera y vio que dentro había seis mil dólares.

—¿Ha dicho seis mil dólares? —Fred retiró el cuchillo rápidamente.

Tab se puso en pie, comprobando que su traje estaba completamente arruinado. Luego quedóse mirando a Fred. Estaba por los cuarenta años de edad y era alto, muy robusto, de poderosa

musculatura. Observó que el cuchillo que esgrimía resultaba pequeño en su mano. Ésta era enorme, provista de dedos grandes y gruesos. El hombre estaba verdaderamente anonadado y golpeó la espalda contra la pared de un edificio en ruinas.

—Me ha engañado… Me ha engañado a mí…

—Lo tiene bien empleado por haberla creído.

—Soy un canalla, míster, un auténtico canalla. Ella me ha timado.

—¿Quiere decir que no se dedica a esto, Fred?

Fred bajó la mirada al suelo.

—No, míster, nunca he hecho una cosa como ésta.

—Fue Suzy quien le convenció, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿A qué se dedica?

—Vine a San Francisco en busca de oro. Tenía unos cuantos dólares ahorrados, pero me metí en uno de esos *saloons* de juego y me dejaron sin un solo centavo. Entonces fue cuando conocí a Suzy. Ella me dijo que yo era su hombre. Bueno yo creo que estaba borracho. Suzy me habló de que podíamos tener mucho dinero.

—Y también le explicó el truco que debían emplear para cazar incautos.

—Sí, ella pediría auxilio…

—Ya lo sé.

—Lo tengo merecido —gimió Fred—. Nunca debí abandonar mi puesto de ayudante del *sheriff* de San Antonio, Texas. Y ahora me he convertido en un delincuente, míster.

—Creo que todo puede tener remedio cuando no se lleva maldad dentro.

—¿Qué quiere decir?

—Usted sabía que esto era una mala acción, ¿eh, Fred? Hay bastante diferencia entre su forma de trabajar y la de un profesional. Es costumbre matar a la víctima, rebañarle la nuez.

—¿Cómo?

—Lo que oye, Fred. Pero usted me iba a dejar en libertad, sólo quería mi cartera. Es lo que me hizo pensar que es nuevo en el oficio.

—Tiene razón. No sirvo para esto y mire lo que acabo de hacer. He contribuido a que usted pierda seis mil dólares… ¡Sin ningún

provecho para mí!

Tab se masajeó la barbilla.

—Quizá los podamos recuperar, aunque habremos de damos prisa.

—¿Cree usted que eso es posible? Suzy debe haber ido a esconderse.

—No lo dudo. Y justamente lo que a nosotros nos importa. Todo lo que tenemos que hacer es hallar el lugar donde se esconde.

—¿Todo? —Galleó Fred—. Hay mil rincones en San Francisco a donde ha podido dirigirse.

—¿Cómo es Suzy?

—Rubia, no está mal de físico, pero es muy habladora. No me ha dejado meter baza.

—¿Dónde estuvieron desde que la conoció?

—En una habitación que ella tiene alquilada, pero, naturalmente, no habrá ido allí.

—Sí, eso es seguro. Sabe que es a donde primero se dirigirá usted, Fred.

Permanecieron en silencio durante un rato y de pronto Tab hizo chasquear los dedos.

—¿Le habló de otro hombre?

—Sí.

—¿De quién?

—De un tipo llamado Ben Tilman. Al parecer, él la había dejado plantada. Suzy dijo que deseaba encontrárselo para sacarle los ojos.

—Estupendo.

—¿Usted cree?

—Eso quiere decir que ella lo ama a él y apuesto a que ahora, al verse con seis mil dólares, habrá ido en su busca. Sólo tenemos que encontrar a Ben Tilman para hallar a Suzy y mi dinero.

—Anoche oí hablar acerca de Ben Tilman a un mozo que trabaja en un bar.

—Vayamos a ese local.

Veinte minutos más tarde llegaban a un *saloon* de mala muerte que se ubicaba cerca del puerto. Fred se dirigió a un mozo de espesos bigotes.

—Buscamos a Ben Tilman.

El otro observó a Fred y a Tab fijamente.

—No sé dónde está.

Tab se registró los bolsillos y encontró dos monedas de a dólar. Las puso en el mostrador delante del mozo.

—Haga un esfuerzo de memoria, amigo.

—Está arriba —contestó el otro, al tiempo que cogía el dinero—. Habitación tres. Pero no digan que yo les envié.

—Descuide —dijo Tab—. Vamos, Fred.

Subieron por una escalera que había al fondo y se internaron por un corredor que tenía habitaciones a los lados.

Detuviéronse ante la habitación número tres y Tab abrió sin llamar. Un hombre y una mujer se estaban besando y de pronto se separaron. Ella era rubia y el tipo muy alto, fornido. Junto a su cadera gravitaba un revólver, el cual tomó por la culata, pero Tab hizo un rápido movimiento y exhibió su «Derringer».

—¡Quieto, Tilman, o lo aso!

Fred estaba boquiabierto, observando a la rubia.

—¡Suzy!

La joven puso los brazos en jarras.

—¡Maldito seas, grandullón! ¿Quién te mandó venir?

—Pero tú decías que querías ver muerto a Ben Tilman.

—¡Cállate!

Ben hizo una mueca y miró con ojos furiosos a la joven.

—Sí que te libraste bien de ellos, estúpida.

Tab sacudió la cabeza.

—Suelte la cartera. Ben.

—No sé de qué me habla.

—Deme el dinero o le juro que tendrá que ponerse una careta para ir por la calle.

Ben era muy guapo, demasiado, pero hizo un último intento por no entregar lo que ya creía que le pertenecía.

—Ella no me dio nada —dijo señalando a la rubia.

Tab le soltó un puñetazo en la mandíbula y Ben trastabilló viniéndose abajo. En el suelo se pasó la mano por la boca y la vio manchada de sangre. Rápidamente dijo:

—Debajo de la almohada.

Tab hizo una señal a Fred y éste levantó la almohada y cogió al cartera.

La rubia se abalanzó sobre Fred para quitársela, pero el

grandullón cogió a la joven por la muñeca y la hizo girar, arrojándola sobre el lecho. Luego se acercó a Tab, quien dijo:

—Vea si tiene los seis mil dólares.

Fred hizo la comprobación y sacudió la cabeza.

—Seis mil dólares justos, míster.

—Estupendo —Tab observó a Ben y a la rubia—. Nos vamos, chicos y será mejor que nos dejéis en paz. Debería entregaros a la justicia. Tenéis suerte de que Fred está envuelto en todo esto, él también lo pagaría y es lo que quiero evitar. Sé que esta oportunidad no significará nada para vosotros y que volveréis a las andadas.

—¡Váyase al infierno! —exclamó Ben, desde el suelo.

Tab hizo un amago de ir hacia él y Ben se arrugó como un traje barato, muerto de miedo. Luego el joven hizo una señal a Fred para que saliese y él lo hizo detrás.

Abandonaron aquel lugar y echaron a andar por la calle. Ahora la niebla se iba aclarando.

Fred se detuvo y Tab lo imitó diciendo:

—Lo siento, míster y celebro que haya recuperado su pasta. Buena suerte.

—¿Adonde va?

—No lo sé.

—Irá por ahí dando tumbos hasta que encuentre a una mujer. Será una pelirroja o una morena, porque supongo que ahora huirá de las rubias, pero ellas también terminarán por liarlo, Fred.

Fred guardó silencio.

—Está bien —dijo Tab—. Tengo algo para usted.

—¿Se refiere a que me va a dar trabajo?

—Sí y apuesto a que le gusta.

—¿De qué se trata?

—Necesito una especie de jefe de policía. Soy dueño de un local y he de reclutar a unos cuantos hombres para impedir que se arme alboroto y especialmente para impedir que me arruinen el negocio los competidores.

Fred agrandó mucho los ojos.

—¿Es eso cierto, míster?

—Sí, Fred. Quiero que tú seas el jefe. Ganarás quince dólares diarios y, si todo sale bien, es posible que te aumente el sueldo al

cabo del primer mes.

—Míster, ¡usted es mi padre!

—Mi nombre es Fleming, Tab Fleming —dijo el joven, con una sonrisa mientras alargaba una mano.

Fred se la cogió entre las suyas y la apretó.

—Eh, muchacho —exclamó Tab haciendo una mueca—. Me vas a moler los huesos.

—Perdone, señor Fleming, me he excedido en mi entusiasmo.

—Bueno, Fred. Necesito contratar a una docena de hombres.

—Oiga yo conozco a unos cuantos que por diez dólares diarios estarían dispuestos a jugarse el tipo.

—¿Gentuza?

—Oh, no, tipos como yo, que se han quedado embarrancados en San Francisco. Puedo elegirle un buen ejército, señor Fleming.

—Estoy de acuerdo contigo, Fred. Ocúpate de eso. —Tab sacó un fajo de billetes—. Aquí tienes mil dólares. Cámbialos y ve pagando tres días adelantados a los chicos. Supongo que todos ellos estarán en la ruina como tú.

—Usted es muy bueno, señor Fleming.

—Olvídate de eso. Se trata de un negocio.

—Estoy seguro de que, aparte de eso, posee buenos sentimientos, señor Fleming.

—Oye, Fred, con esta niebla no tengo ganas de llorar. ¿Crees que tendrás bastante con un par de horas?

—Sobrarán sesenta minutos.

—De acuerdo, Fred. Mi local es El Tazón de Plata, en la Barbary Coast. Te esperaré allí. Tráete a todos los hombres.

—Sí, señor Fleming —Fred sacudió la cabeza, sonriente, e inmediatamente echó a correr.

Fleming dio un suspiro viéndolo desaparecer. Había valido la pena su aventura. Tenía la impresión de que Fred le sería un hombre fiel hasta en los peores momentos, los cuales no tardarían en llegar.

CAPÍTULO XIII

El Tazón de Plata ofrecía un aspecto deslumbrante aquella noche de su inauguración. La gente se había agolpado durante horas en la calle, esperando el momento en que se abriesen las puertas. El local en su interior era muy distinto de todos los que aquellos hombres estaban acostumbrados a ver. Sin lugar a dudas era el mejor *saloon* de cuantos había en la costa del Pacífico.

Luke Spoker y Tab Fleming recibían constantes felicitaciones.

Tab había logrado ver realizado su plan. Quiso brindar a San Francisco un local donde pudiesen concurrir toda clase de clientes, desde los que gozaban de la mejor posición social hasta los que se debatían en las capas inferiores.

Fred se adelantó hacia los socios, exhibiendo una ancha sonrisa en su cara.

—Enhorabuena, señor Fleming. Esto es un éxito, usted se lo merece.

—Gracias, Fred. ¿Ocupa cada uno de los hombres su sitio?

—Sí, señor Fleming, acabo de echarles un vistazo. —Perfecto.

—Infiernos —exclamó de pronto Luke Spoker—. ¿Es verdad lo que ven mis ojos? Ahí están el señor Wakeman, su hija y el señor Michener.

Fleming no tuvo ojos más que para Jezabel, porque la joven parecía un ascua de deslumbrante hermosura. Se cubría con un vestido blanco de generoso escote. Su pelo se recogía en la nuca y en su cuello exhibía un valioso collar de esmeraldas.

Otro de los aciertos de Tab era que había suprimido las puertas de vaivén del establecimiento. Se llegaba desde la calle por una escalinata y luego, una vez dentro, se volvía a descender tres peldaños para hallarse dentro del local.

Tab pegó con el codo a Luke y ambos se dirigieron al encuentro de sus invitados de honor. Después de los saludos de rigor, Wakeman expresó su entusiasmo:

—Esto es maravilloso, Fleming. Ahora comprendo mejor su idea. Usted tenía razón. San Francisco necesitaba un establecimiento de esta categoría. ¿Qué te parece, hija? ¿Fue o no una buena inversión conceder crédito a nuestro joven amigo?

Jezabel, muy seria, fijó los ojos en el rostro sonriente de Fleming.

—No quiero que le falte mi felicitación, señor Fleming.

—Gracias, señorita Wakeman. ¿Y su prima?

—Hubo de quedarse en cama con un fuerte resfriado.

Elliot Michener a duras penas podía contener la rabia que lo invadía. Ahora se había dado cuenta de que Fleming era un hombre de ideas y de que en él había encontrado su mayor obstáculo para hacerse dueño de Barbary Coast. Pero sonrió en seguida al recordar que aquella misma madrugada, de todo aquello solo quedarían las cenizas.

—Yo también le doy la enhorabuena, Fleming —dijo con voz que quiso ser amistosa.

—¿Me permite? —dijo Fleming—. Les he preparado una mesa.

La joven levantó la barbilla.

—¿Sabía usted que íbamos a venir?

Tab depositó su mirada en los ojos de la hermosa.

—Digamos que sólo fue un presentimiento.

La muchacha ruborizó las mejillas.

Wakeman se frotó las manos.

—Estoy seguro de que va a ser una noche maravillosa. Vamos allá, chicos.

Fleming los condujo a una mesa algo separada de las demás y cuando se hubieron sentado sus invitados llamó a un mozo y dijo:

—Pueden pedir lo que quieran, la casa invita. Y hora, si me lo permiten, tengo mucho trabajo.

Fleming se retiró hacia el mostrador, donde le esperaba Luke, el cual tenía el rostro demudado observando la puerta de entrada.

Tab siguió la dirección de su mirada y vio en el umbral a Peter Ryan, acompañado por cuatro de sus hombres.

Tab hizo una señal imperceptible a Fred, que estaba en una

esquina del mostrador y luego dijo por lo bajo a Luke:

—Espera aquí. Yo me las ventilaré con ellos.

Echó a andar, deteniéndose delante del grupo capitaneado por Ryan.

Peter terminó de observar el *saloon* y miró a Tab.

—Un éxito completo, ¿eh, señor Fleming? Aquí debe haber en este momento dos centenares de clientes.

—¿Por qué se decidió a venir?

—Muy sencillo, mis locales están casi vacíos. Uno de mis hombres se dejó caer por aquí y me explicó la causa. Quise verlo con mis propios ojos.

—Magnífico, Ryan. Bienvenido a El Tazón de Plata. Puede tomar posesión de una mesa. Ustedes también son nuestros invitados.

—No, Fleming. No voy a aceptar su invitación.

—Como quiera.

—Prefiero hablar de negocios.

—¿De negocios?

—Quiero hacerle una oferta en serio. Le doy veinticinco mil dólares por su local.

—Le dije cierta vez que no estaba en venta. Ahora se lo repito.

—Veinticinco mil dólares es mucho dinero.

—Mi respuesta sigue siendo negativa, Ryan, pero ya que habla usted de negocios, le voy a proponer yo otro.

—¿Cuál? ¿Va a comprarme mis locales?

—No. Le ofrezco mil dólares para que me diga quién es la persona que está detrás de usted.

—¿Cómo?

—Ya me entiende, el hombre que le hace mover a usted los brazos y que piensa por usted.

Peter Ryan empezó a enrojecer. Sus dientes se apretaron.

—No sé adonde quiere ir a parar, Fleming.

—Usted no es el verdadero dueño de sus negocios. Trabaja por cuenta de otra persona y, sinceramente, siento curiosidad por conocer su identidad. Por eso estoy dispuesto a perder mil dólares.

—Usted está loco.

—Le advierto que de todas formas pienso enterarme de quién es esa persona y ello supondrá para mí un ahorro de mil dólares.

Ryan dio media vuelta.

—¡Vamos, muchachos! —ordenó.

Fleming los vio desaparecer sin dejar de sonreír.

De pronto oyó una voz a sus espaldas:

—¿Algún altercado, señor Fleming?

Se volvió, observando frente a él a Elliot Michener.

—No, señor Michener. Una simple plática de amigos. ¿Se marcha ya?

—Sólo será cuestión de media hora. Por nada del mundo me perdería una fiesta de tanta categoría.

Elliot se alejó de Fleming.

Al fondo, una orquesta integrada por seis músicos empezó a interpretar una pieza. El equipo de beldades del *saloon* entró en funciones.

Tab no había dejado nada al azar. Tres días antes se había entrevistado con un agente artístico, el cual le facilitó un conjunto de una veintena de hermosas mujeres.

Fleming se acercó a la mesa de los Wakeman.

—¿Quiere bailar, señorita Wakeman?

Jezabel miró al joven durante unos instantes.

Wakeman cogió la mano de su hija.

—Anda, muchacha, has venido aquí a divertirte. Ya es hora de que desfrunzas ese ceño.

Jezabel se puso en pie y Fleming le ofreció su brazo.

Poco después se unían a las parejas que danzaban en el círculo.

—¿Enfadada? —preguntó Tab.

—¿Por qué había de estarlo?

—Contrarié su deseo y soy socio de su padre.

—Mi padre tiene muchos socios —ella hizo una pausa—. ¿Qué se propone, Fleming?

—No la comprendo.

—¿Era realmente éste su objetivo?

El sonrió, mostrando su blanca dentadura.

—¿Hemos llegado a la hora de las confesiones?

—Supóngalo.

—Muy bien. Quiero una propina. A usted, Jezabel.

Los ojos de la joven comenzaron a chispear y eso fue una cosa que divirtió mucho a Tab.

—¿Me considera como una propina?

—Sí, algo así. A menos que usted baje de su trono y salga a mi encuentro.

—¿Está loco?

—Quizá, por usted.

—Me voy a casar con Elliot.

—Tiene un remedio fácil. No se case. Hágalo conmigo. Yo le convengo más.

—Es usted un presuntuoso.

—Lamentaría que opinase así de mí. Sólo trato de luchar contra usted con sus propias armas.

—Yo no tengo armas.

—Es lo que usted cree. ¿Y qué me dice de su altivez, de su soberbia, de su orgullo? Eso es para usted la más fuerte de las corazas. Ha oído tantas veces que su padre es el rey de San Francisco, que usted ha llegado a pensar que efectivamente es una reina.

—Me niego a escucharle.

—Sólo estoy diciendo la verdad y le voy a decir otra cosa, señorita Wakeman. Usted es una mujer como las demás.

—¿Es que me va a empezar a ofender otra vez?

—¿Ve usted? En cuanto alguien pretende decirle que es de carne y hueso, como esa rubia o esa pelirroja, usted se resiste a admitirlo. Usted es muy bella, señorita Wakeman y cuando la tengo entre mis brazos, como ahora, siento que la sangre circula más aprisa por mis venas y apuesto a que a usted le pasa lo mismo. Yo no le soy indiferente.

Ella sonrió jactanciosamente.

—¿Cree acaso que porque he venido aquí esta noche estoy enamorada de usted?

—Sí.

—Eso es absurdo.

—Dígame lo que siente y lo comprobaré.

—Me siento enormemente fastidiada.

—Mentira.

—Terriblemente aburrida.

—No es cierto.

—Hastiada de su compañía, de oírle decir tonterías.

El la apretó más contra sí, sin dejar de mirarla a los ojos. Ella se

interrumpió mirándolo a él también y quedó con los rojos labios entreabiertos. Así permanecieron un rato moviéndose muy lentamente al compás del vals que interpretaba la orquesta y cuando los músicos dieron fin a la pieza, ellos continuaron danzando hasta que alguien soltó una carcajada y empezaron a aplaudir.

Jezabel se separó bruscamente, con las mejillas teñidas de rubor.

Volvieron a la mesa donde se hallaba el banquero y Jezabel se sentó, azorada.

Fleming hizo una inclinación de cabeza.

—Gracias, señorita Wakeman. Fueron unos minutos maravillosos.

Luego hizo un saludo a Wakeman y se retiró de la mesa.

Luke Spoker no cabía en sí de gozo.

—Infiernos, Tab, nuestro negocio es un auténtico filón de oro.

—Sí y eso es precisamente lo que nos debe preocupar. El éxito de una persona no hace más que provocar la envidia de sus semejantes. El hombre que se esconde detrás de Peter Ryan quiere vernos fulminados y apuesto a que su intención es la de no dejarnos mucho tiempo para saborear nuestra victoria.

—¿Tú crees, Tab?

—No tengo duda.

Al cabo de un rato, Fleming vio a Elliot regresar junto a los Wakeman.

Poco después todos se pusieron en pie dirigiéndose hacia la puerta. Tab se dirigió hacia ellos para despedirlos.

El banquero le palmeó la espalda.

—Un día de éstos tiene que venir a verme, Fleming.

Estoy pensando en la posibilidad de hacer otras cosas con usted.

—Me tiene a sus órdenes, señor Wakeman.

Elliot Michener sonrió sarcástico.

—Está usted en la buena racha, Fleming. Un viejo proverbio dice que uno debe aprovechar su oportunidad porque no pasa más que una vez junto a nosotros.

—Trataré de seguir su consejo. —Luego Fleming tomó la mano que la joven le tendía—: Espero volverla a ver muy pronto, señorita Wakeman. Nuestro diálogo resultó sumamente agradable.

Ella dirigió una mirada de soslayo a Elliot y luego forzó una

sonrisa y echó a andar hacia la puerta, seguida por su padre y su prometido.

Fleming retomó junto al mostrador y durante las horas siguientes no hizo más que ocuparse de la buena marcha del local.

A las tres de la madrugada tuvieron que desalojar del *saloon* a unos cuantos borrachos que pretendían permanecer allí hasta que saliese el sol. Una vez cerraron las puertas, Fleming entró en la habitación que había habilitado como despacho, seguido de Fred y de Luke, quien llevaba entre sus manos la caja con la recaudación.

—Creo que vamos a necesitar un par de horas para contar todo el dinero —dijo Luke alegremente.

Fleming se sentó tras la mesa y cerró los ojos, descansando la cabeza en el respaldo de la silla.

—Ha sido duro —murmuró en voz baja.

Fred largó un bostezo.

—¿Les digo a los chicos que se pueden marchar? Están esperando fuera.

Fleming permaneció un rato con el ceño fruncido y luego repuso:

—Será mejor que se queden un par de ellos y tú también, Fred. Dormiremos aquí esta noche.

—¿En dónde? —preguntó Fred.

—Me ocupé de eso —Fleming se levantó y abrió una puerta—. Aquí hay un dormitorio con cuatro camas. Quiero que permanentemente haya dos hombres de servicio. Yo me reservaré la primera guardia. Vosotros dos y uno de los chicos que están fuera podéis acostaros.

Luke repuso:

—Tú estás más cansado que yo, Tab.

—Ni hablar de eso. Además, necesito pensar.

Fred sacudió la cabeza.

—En tal caso yo me quedaré con usted, Fleming. Le diré a los chicos que se acuesten.

Fleming no contestó nada.

Poco después entraron los dos hombres que debían dormir en la habitación. Luke terminó de contar la recaudación. Habían ingresado en las arcas cuatro mil novecientos setenta y cinco dólares. El propio Luke guardó el dinero en una caja de acero que

había en un rincón y, tras cambiar unas palabras optimistas con Tab, se retiró al dormitorio.

En el despacho sólo quedaron Fleming y Fred.

El joven sacó una botella de *whisky* del cajón y preparó dos vasos. Bebieron en silencio.

Fred dijo:

—Parece que todo está en calma.

—Sí yo me voy a dar una vuelta por fuera. Necesito que me dé un poco el aire. Tú quédate aquí.

—Sí, señor Fleming.

Tab salió por una puerta trasera que daba a una calleja. Permaneció unos segundos inmóvil y luego decidió dirigirse a la calle Principal.

De pronto oyó un ruido y se detuvo aguzando el oído. Pensó que sería una rata y ya iba a reanudar el camino cuando de pronto sonó un golpe metálico en un lugar situado a sus espaldas, en la otra pared del edificio.

Se acercó a la esquina más cercana de la casa y, llegado ante ella, agachóse poniendo las rodillas en el suelo.

Diez yardas más allá observó unas figuras que se movían entre las sombras. Luego una voz dijo:

—Ya puedes pasar por ese agujero.

—Está bien —respondió otro—. Dame las latas de petróleo.

Tab soltó una maldición para sus adentros. Aquellos canallas se proponían prender fuego a El Tazón de Plata. Sólo necesitaban salvar aquella pared que comunicaba con el patio trasero, para lo cual habían hecho un agujero por debajo de la pared de madera.

Empezó a levantarse y justamente en ese momento sintió que algo muy duro se aplastaba contra su columna vertebral.

—Quieto, Fleming.

Conocía aquella voz: era la de Harry Jordán.

—Aún está a tiempo de retroceder, Jordán. No va a conseguir lo que se propone.

El forajido se echó a reír.

—Este negocio lo vamos a liquidar ahora mismo. Le reservo una sorpresa. ¡Eh, tú, Barton! Quítale el «Derringer» que guarda en la manga.

Un hombre se acercó a Tab y en pocos segundos le despojó del

arma.

Luego Jordán dijo:

—Ande, eche a andar hacia el agujero, Fleming.

Llegaron al lugar donde los dos hombres habían trabajado buscando un lugar de acceso al patio interior. Un sujeto asomó la cabeza desde dentro.

—¿Qué tal, Slim? —preguntó Jordán.

—Ya tengo las latas.

—Apártate. Va a entrar Fleming.

Todos se deslizaron uno por uno por el agujero.

Una vez en el interior, Tab contó hasta cinco hombres. Dos de ellos rociaban la pared posterior de El Tazón de Plata.

—Estoy seguro de que le va a gustar, Fleming —declaró Jordán —. No habrá visto en su vida una hoguera como ésta y lo mejor del caso es que usted va a arder dentro. Anda, Slim, átale las muñecas y los tobillos. No podemos correr ningún riesgo.

El llamado Slim se acercó a la valla y agachóse. Al incorporarse mostró las cuerdas con las que se disponía a atar a Fleming. Éste lo dejó llegar a su lado y de pronto le asestó un derechazo en el estómago. Al propio tiempo extendió la mano izquierda y logró desviar la pistola de Jordán cuando se disparaba.

El estampido sonó en el silencio de la noche.

Tab se daba cuenta de que estaba en inferioridad de condiciones. Los cinco hombres se lanzaron sobre él al mismo tiempo, lanzando gritos feroces. Empleó la zurda, sintiendo un placer inefable cuando percutió los nudillos contra la nariz de Jordán. Luego logró atrapar a uno de los forajidos por el cuello y tiró de él hacia abajo, hundiéndole la cara en el fango.

Justamente en ese instante le atraparon del abdomen y se lo retorcieron con fuerza. Sintió calambres en todo el cuerpo y empezó a desplomarse. Entonces le golpearon con la culata de un revólver junto a una oreja. Todo empezó a darle vueltas, pero a punto de perder el sentido logró atrapar a alguien por el tobillo y tirar de él violentamente, dando con otro hombre en el suelo.

Luego se levantó de golpe, estrellando su cabeza contra la cara de uno de sus agresores, el cual lanzó un alarido y se desplomó en tierra. Justamente en ese instante, se abrió una puerta y oyó la voz de Fred:

—¿Qué pasa aquí?

Tab al pronto lo mandó al infierno. ¿Es que no veía lo que estaba pasando? Pero Fred se incorporó rápidamente a la lucha y entonces demostró a Tab que su elección había sido acertada. El gigante se puso a descargar sus puños sobre la pandilla de incendiarios, haciendo crujir huesos y saltar dientes.

Tab aprovechó el alivio que suponía el refuerzo de Fred para eliminar, uno tras otro, a dos de los contendientes.

Vio entusiasmado cómo Fred cogía a un tipo por la cabeza y lo utilizaba como arma haciéndolo girar vertiginosamente, golpeando con las piernas del truhán a sus compinches.

En un par de minutos todos quedaron maltrechos en el suelo, lanzando gemidos de dolor.

Fred exhibió un largo revólver, diciendo:

—Al que se mueva del lugar en que se encuentra, lo coso contra la tierra.

Tab soltó una carcajada.

—¡Bravo, Fred! Estoy seguro de que San Antonio perdió gran cosa cuando dejaste de ser ayudante del *sheriff*.

—¿Quiénes son?

—Hombres pagados por Ryan.

Tab se acercó a Harry Jordán y le obligó a incorporarse, atenazándole por el cuello de la camisa.

—Vamos, Harry, he de hablar contigo.

—¡Váyase al infierno!

—¿Quién paga a Peter Ryan?

—No sé de qué me habla.

Tab le abofeteó.

—Dónelo o te juro que te muelo los huesos.

—¡Maldita sea! Me hizo un agujero en la mano y ahora me ha pegado una paliza. Usted es un tipo con muy buena estrella. No me volveré a meter con usted, pero déjeme en paz.

—¿Quién es el tipo que está detrás de Ryan? —repitió Tab.

—¿Yo qué sé? Pregúnteselo a él.

—No me parece mal la idea. Vamos a ver a vuestro jefe. Tú, Fred, ven conmigo.

En la puerta por donde había salido Fred, aparecieron Luke Spoker y los otros dos guardianes.

Tab contó a su socio rápidamente lo que había sucedido. Luego ordenó:

—Quedaos aquí con los prisioneros. Fred y yo tenemos que rematar la faena. Nos llevamos a Jordán.

—¿Por qué no dejas las cosas como están? —sugirió Luke.

—Eso es algo que no puedo hacer ahora. No voy a estar esperando a que Ryan y el fulano que se esconde detrás de él nos aseste un golpe definitivo. Es justamente ahora cuando vamos a acabar con ese peligro.

El joven se movió hacia Slim, que continuaba desvanecido en el suelo. Buscó en sus bolsillos y se apoderó del «Derringer», que escondió en su manga.

Minutos más tarde, Fleming, Jordán y Fred se detenían ante la puerta trasera de La Espuela de Oro.

Jordán descargó tres golpes espaciados a la puerta y poco después un hombre abrió. Fred mostró su revólver y el hombre se asustó, echándose hacia atrás.

Luego el grupo subió por una escalera. Se internaron por un corredor y llegaron ante una puerta. Tab hizo una señal a Jordán y éste hizo girar el pomo.

Fleming entró rápidamente mientras Fred se situaba detrás del prisionero.

Tab frunció el ceño al descubrir a Elliot Michener, el cual se hallaba sentado en un sillón frente a Peter Ryan.

CAPÍTULO XIV

Michener y Ryan se quedaron boquiabiertos contemplando a Fleming. Produjose un silencio, que fue interrumpido por el joven.

—Parece que le sorprende mucho mi presencia, Michener.

Elliot miró a Ryan.

—Ya hablaremos en otro momento acerca de ese préstamo, señor Ryan. No acostumbro a tratar de mis negocios en presencia de gente extraña.

Elliot se puso en pie con ánimo de retirarse.

Fleming se echó a reír.

—Usted me dijo cierta vez que yo reunía ciertas condiciones para ser actor, pero no puedo decir lo mismo de usted, Michener.

—¿De qué está hablando?

—Usted es el hombre que está detrás de Peter Ryan, el tipo que realmente es el dueño de los mejores locales de Barbary Coast.

—Está delirando.

—¿Qué significa si no su presencia a las cuatro de la madrugada en casa de Ryan?

—Ya lo ha oído usted. Ryan me solicitó un préstamo y yo he venido a tratar acerca de ello.

—¿A estas horas?

—No tenía sueño. La flamante inauguración de su nuevo local me lo quitó.

—Eso lo admito, Michener. Le quitó el sueño porque cuando llegó allí se dio cuenta de que yo podría echar abajo todos sus planes.

Elliot Michener bostezó y llevóse tardíamente la mano a la boca.

—Me aburre usted con su palabrería, señor Fleming. Permítame que me retire.

—No se lo permito. Siéntese.

—Le concedo un minuto para que rectifique, Fleming.

—Le sobra mucho tiempo. He dicho que se siente. Michener sacudió la cabeza.

—Está bien. Después de todo, creo que va a ser interesante conocer el final de este estúpido drama.

Michener ocupó un sillón. Entonces Tab se dirigió a Ryan:

—Confiese que Michener es su verdadero patrón, Ryan.

Ryan se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Usted está trastornado. No sabe lo que dice, Fleming. Yo soy el único dueño de mis locales. Necesitaba un poco de dinero para hacer lo que usted, renovarlos. Hoy me he convencido de que mis *saloons* han quedado un poco anticuados.

—Tonterías. Si usted fuese el dueño de esos locales no necesitaría solicitar préstamos de nadie. Debe tener suficiente dinero como para construir un local con las paredes de oro. No, Ryan. El señor Michener no ha venido aquí para formalizar una operación de préstamo. Ustedes dos permanecían aquí juntos porque deseaban saber el resultado de su maniobra. No podían irse a dormir sin tener la satisfacción de que mi socio y yo hubiésemos ardido con El Tazón de Plata.

Elliot Michener se echó a reír.

—Usted posee una gran imaginación, Fleming, pero esta vez no le va a servir de nada.

—¿De veras? —dijo Tab—. Eso es lo que vamos a ver ahora. Póngase en pie, Ryan.

Ryan sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Ya ha dejado de dar órdenes, Fleming. Ha entrado aquí por la fuerza, valiéndose de una pistola. Usted y su amigo están de sobra. Lárguense ahora que pueden.

—Se acaba de traicionar a sí mismo. Ha dicho que mi amigo y yo debíamos marcharnos, pero no se ha referido a Jordán.

El rostro de Ryan cambió de color.

—No tengo que darle a usted ninguna explicación, Fleming.

Tab se acercó a la silla donde estaba Ryan.

—Será mejor que se meta eso en la cabeza…

—¿Qué se propone?

—Sólo quiero desenmascarar a Elliot. Usted jugó y ha perdido.

Ahora le conviene comportarse como los buenos. Le prometo que le echaré una mano si es que se decide a pasarse a nuestro bando.

Ryan miró un momento a Michener y luego empezó a titubear.

Elliot se levantó de un salto.

—Por última vez, Fleming. Está agotando mi paciencia. Hablaré con el señor Wakeman mañana, para que le retire su crédito.

Tab le dirigió una sonrisa.

—Usted va a perder algo más que un crédito, Elliot. —¿Qué?

—A Jezabel.

Los ojos de Elliot centellearon.

—¡No lo consentiré a ningún precio! ¡Esa mujer va a ser mía!

—Baje ya de la nube. Debió suponer que, tarde o temprano, sus maniobras serían descubiertas y que, llegado ese momento, para usted significaría el principio del fin.

Michener replicó, con voz furiosa:

—¡Es usted el que calcula mal, Fleming! ¡No podrá conmigo!

—Luego admite que es usted el jefe.

—Sí yo soy. ¿Qué pasa? No consentiré que usted se interponga en mi camino. Peter Ryan es mi testaferro, pero usted, Fleming, no puede probar que yo haya hecho algo contra la ley. Ande, denúncieme y le convertiré en el hazmerreír de San Francisco.

En la estancia reinó un gran silencio.

Tab se frotó la mejilla con el dorso de la mano, sin apartar la mirada del rostro de Elliot.

—He conocido a muchos canallas a lo largo de mi vida, señor Michener, pero usted se lleva el primer premio.

Michener se sonrió jactanciosamente.

—Ande, insúlteme, es el único desahogo que le queda. Acaba de comprender que no puede lograr nada de mí.

—¿Qué cree que va a pasar cuando yo le cuente a Wakeman esa faceta de su personalidad, que él desconoce? Elliot Michener, financiero de la corrupción y la inmoralidad de Barbary Coast.

Los ojos de Elliot se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas fosforescentes.

—¡No hará eso, Fleming!

—Dijo antes que yo no le podía hacer ningún daño.

—Y no lo hará. Esta casa está rodeada por mis hombres. Exactamente hay medio centenar dispuestos a asarlos a ustedes si

salen de aquí —Elliot sonrió de nuevo—. ¿Creyó que no tuve en cuenta la posibilidad de que Jordán fallase?

—Parece olvidar que mi amigo y yo somos los que tenemos las armas en la mano.

—Sí, ustedes tienen las armas en la mano, pero no nos matarán a sangre fría. Además, tengo una propuesta que hacerle, Fleming.

—¿Qué clase de propuesta?

—Hay un barco en el puerto que sale pará México dentro de media hora. Usted se marchará en él.

—Nunca me han gustado los viajes por mar.

—Es lo que le conviene, Fleming. En México podrá empezar una nueva vida.

—Tiene usted la cara muy dura, Michener. Aquí el único que ha perdido la lucha es usted y todavía quiere imponer condiciones, como si realmente hubiese resultado vencedor.

Ryan, a quien nadie prestaba en aquel momento atención, sopló sobre el quinqué que había en la mesa, dejando la habitación a oscuras.

Todo sucedió muy aprisa.

—¡Al suelo, Fred! —gritó Fleming, al tiempo que se arrojaba hacia un sillón.

La puerta por donde habían aparecido se abrió de repente y un revólver empezó a vomitar plomo.

Se oyó un grito de angustia y luego todo quedó en silencio.

Tab apretó su «Derringer» rabiosamente. Hubiese dado cualquier cosa por saber dónde se encontraba Elliot, pero no podía disparar porque tampoco había conseguido localizar a Fred.

Oía corridas fuera de la casa. Era tal como había anunciado Elliot. Sus secuaces estaban dispuestos a no dejarles escapar.

De pronto se oyó la voz de Ryan:

—¿Qué estáis esperando, muchachos? ¡Asadlos!

—No sabemos donde están —dijo una voz.

Fleming hizo fuego con su pistola en la dirección del último que acababa de hablar, el cual lanzó un grito y se derrumbó en el suelo estrepitosamente.

Al instante dos revólveres bramaron, pero él ya no estaba tras el sillón. Gateó hacia el fondo de la pared, a pesar de que sabía que allí no había ningún refugio, pero posiblemente sería el último lugar

en donde lo podrían descubrir.

Dos hombres entraron por la puerta y, sin ninguna precaución, empezaron a disparar en todas direcciones.

Tab los abatió, enviándoles sendos proyectiles.

Otros dos suicidas irrumpieron en la estancia, desparramando plomo. Esta vez, luego del primer disparo, alguien lanzó un grito y golpeó contra una silla.

Tab agotó la munición de su «Derringer», pero cuando lo hizo, los otros dos tipos también se habían ido de este mundo.

La habitación se llenó del olor acre de la pólvora. Luego siguió un minuto de silencio.

A Tab ya no le servía su arma. Y fue entonces cuando oyó la voz de Elliot:

—Muchachos ya no le quedan balas a Fleming. ¡Liquidadlo sin contemplaciones!

Un hombre entró en la habitación e hizo fuego al azar para iluminar la escena.

Entonces Tab vio a Michener acurrucado detrás de un sillón y saltó sobre él.

En ese instante el hombre del revólver se volvió rápidamente para ultimarlo.

Tab golpeó a Michener y ambos rodaron por el suelo cuando el asesino empezaba a disparar.

Tab sintió cómo el cuerpo de Michener se estremecía cada vez que una de las postas le mordía la carne.

Tropezó con uno de los cadáveres que había en la habitación. Su mano derecha corrió en busca de uno de los revólveres que debía haber cerca y por fortuna lo encontró muy pronto.

Disparó contra el hombre que estaba en pie, el cual recibió el impacto en el pecho y se derrumbó hacia atrás emitiendo un sonido ahogado.

Otra vez se hizo un silencio en la habitación y se oyeron carreras en la calle y alguien empezó a lanzar voces.

—¡Alto a la autoridad! ¡Ustedes, no corran! ¡Es el *sheriff* quien se lo ordena!

Tab estaba cansado y reposó unos instantes.

—Fred —llamó después.

No le contestó nadie y supuso que Fred había muerto en la

lucha.

Se oyeron pasos en el corredor y al dirigir la mirada hacia la puerta abierta vio una llamarada de luz.

—Soy el *sheriff* —dijo una voz—. Será mejor que si queda algún superviviente se entregue.

Apareció un hombre portando una lámpara de kerosene y a continuación el de la placa y otro par de hombres. Todos ellos portaban revólveres en la mano.

Tab observó el cadáver de Michener y luego se puso en pie.

El *sheriff* hizo chasquear la lengua.

—De modo que es usted, Fleming —examinó los cadáveres, cada vez más asombrado—. Infiernos, esto es un cementerio.

En eso se oyó un gruñido y Tab vio alzarse a Fred.

—Muchacho, creí que te habían matado —exclamó, acudiendo a su lado.

—Cuando usted me dijo que me echase al suelo, lo hice inmediatamente, con tan mala suerte que me golpeé contra la pata de una mesa.

Peter Ryan estaba boca abajo y empezó a moverse también.

Tab se puso de rodillas junto a él y comprobó que tenía una herida en el pecho. Estaba a punto de morir. El de la placa apuntó al joven con el revólver.

—Apuesto a que usted va a pasar un mal rato, Fleming. Tendrá que responder de todo esto.

Tab no le hizo ningún caso, prestando atención a Ryan.

—Oiga, Peter, ¿me escucha?

Ryan abrió los ojos.

—¿Y Elliot? —preguntó.

—Muerto.

—Nunca me debí unir a él, era un ambicioso, sólo le interesaba el dinero… Hizo las peores cosas que he visto cometer a un hombre…

—¿Qué cosas, Ryan?

—Trajo aquí mujeres engañadas, que luego utilizó para el amor mercenario —Ryan miró hacia el *sheriff*—. ¿Se acuerda del envenenamiento de hace tres meses, en el que murieron medio centenar de personas? Fue por comer carne podrida, ¿verdad, *sheriff*?

—Sí, Ryan, no se me puede olvidar.

—Michener fue el culpable. Se atrevió a vender reses que habían muerto al llegar aquí… Nunca ha habido escasez de azúcar en San Francisco. Michener provocaba artificialmente esa escasez para vender el azúcar al precio que a él le diese la gana. Quería convertir la Barbary Coast en un lugar donde los hombres se dejasen todo su dinero. Estaba dispuesto a emplear cualquier clase de procedimientos. No se hubiese detenido si le hubiesen dicho que para vaciar un bolsillo tenía que matar a un hombre.

El herido hizo una pausa. Luego miró a Tab.

—Yo ya estaba cansado de todo esto. Ahora es demasiado tarde, pero celebro contribuir en algo a que usted quede libre de toda sospecha.

—Gracias, Ryan.

—Por favor, déjeme en el suelo. Esto es un infierno. Duele mucho.

Fleming dejó al herido como él quería y luego se levantó, e hizo una señal a Fred.

Los dos hombres pasaron junto al *sheriff*. Éste dijo:

—Vaya ahora a descansar, Fleming, pero haga el favor de pasar mañana por mi oficina. Tendrá que firmar una declaración.

Tab sacudió la cabeza en sentido afirmativo y salió del despacho seguido de Fred.

CAPÍTULO XV

Tab Fleming se despidió de Wakeman en el despacho de éste. Acababan de sentar las bases de una colaboración más estrecha. Los locales que habían pertenecido a Elliot a través de Peter Ryan se habían puesto a la venta y Tab estaba dispuesto a quedárselos. Pensaba transformar uno de ellos en un teatro y los demás utilizarlos como *saloons* de esparcimiento.

Habían transcurrido dos días desde la noche en que murió Elliot a manos de sus propios hombres.

—Venga por aquí de vez en cuando —dijo Wakeman—. Ya sabe que será bien recibido.

—Muchas gracias, señor Wakeman, pero voy a tener mucho trabajo a partir de ahora.

—Le deseo suerte.

Tab sacudió la cabeza sonriendo y salió de la habitación.

Cruzó el vestíbulo y no esperó a que el criado le abriese la puerta de acceso, sino que lo hizo él mismo.

Bajó por la gran escalera de mármol para introducirse en el carruaje que le esperaba abajo y de pronto vio a lo lejos, en uno de los paseos del jardín, a Jezabel.

Alargó la mano para abrir la portezuela del tílburi, pero de pronto se arrepintió y echó a andar hacia el lugar donde se encontraba la joven. Ella estaba sentada en un banco de piedra y, al verle llegar, sus mejillas se tiñeron de rubor.

—Buenos días, señorita Wakeman.

—Buenos días —dijo ella, con voz débil.

El sol brillaba en todo su esplendor y el cielo era un inmenso mar azul.

—¿Cómo se encuentra su prima?

—Perfectamente. Tan bien, que se va a casar con el médico que la ha asistido.

Fleming sonrió.

—Cristina ha demostrado ser una chica inteligente. Ella levantó la mirada.

—Por lo visto, para usted, el que una mujer se case demuestra que es muy inteligente.

—¿Por qué es tan agresiva conmigo, Jezabel?

—Porque lo considero a usted insoportable.

—Oh, lo siento, pero ¿sabe una cosa? Me va a soportar por última vez. Hoy mismo salgo de San Francisco.

Ella abrió más los ojos.

—¿Cómo?

—Me voy a Nueva York. He recibido carta de un amigo que me ofrece un puesto muy importante. Casualmente, él tiene una hija y siempre pensó que yo terminaría casándome con ella.

—¿Y dice que se va a ir?

—Sí. Esta mañana he sacado el pasaje. Sólo vine a despedirme de su padre y de usted…

Hubo un silencio. Los dos jóvenes continuaron mirándose.

Tab dio un suspiro.

—Bien, señorita Wakeman. Celebro haberla conocido.

—Oiga, pero aquí debe haber una confusión.

—¿A qué se refiere?

—Yo oí decir anoche a mi padre que se iba a asociar con usted en otras empresas.

—Oh, es posible, pero cambié de idea después de recibir la carta de mi amigo. Después de todo, tuve en cuenta también que yo le resulto insoportable a usted. Al ser socio de su padre tendría que venir aquí con frecuencia. Usted y yo nos tendríamos que ver y, naturalmente, pensé que yo no debía imponerle a usted un sacrificio tan grande. Tab hizo una pausa. —He sido un soñador, pero ahora comprendo que me he equivocado. Pensé que usted terminaría por corresponder al interés que he demostrado por usted. En fin, quizá tenga más suerte con la hija de mi amigo.

La joven se mordió el labio inferior con fuerza.

—¿Entonces…? —empezó a decir.

—¿Entonces, señorita Wakeman…?

—Usted me quiere.

El se rascó junto a una oreja mirando hacia un rosal que crecía cerca.

—Casi se me ha pasado.

—¿Cómo?

—Creo que con un par de días más lograré echarla en el olvido.

—¡Y usted se ha atrevido…!

—¿Cómo dice, señorita Wakeman?

La joven se puso en pie bruscamente, los ojos chispeantes de rabia, respirando agitadamente.

—Dijo que estaba enamorado de mí.

—¿He dicho yo eso?

—Es posible que no emplease esas mismas palabras, pero lo dio a entender.

—Continúe.

—Y ahora dice que ya no me quiere, que me olvidará en un par de días. ¿Qué clase de amor es ése, señor Fleming? Desde el primer momento que lo conocí supe que era un hombre enamoradizo, de esos que hoy están por una mujer y mañana por otra.

El vio que los ojos de ella se cubrían con una pátina húmeda y quedóse asombrado al mismo tiempo que el corazón saltaba gozoso en su pecho. Jezabel Wakeman era una mujer.

—Querida —dijo él y de pronto la abrazó contra sí y la besó.

Ella se separó bruscamente.

—¡Oiga, señor Fleming, es la tercera vez…!

El no la dejó terminar porque la besó nuevamente con fuerza. Jezabel empezó a forcejear para librarse del abrazo, pero sus manos dejaron de resistirse poco a poco y, por último, abarcó por el cuello al joven, colaborando en el beso. Luego, al separarse, él dijo:

—Será mejor que no llevemos la cuenta o se nos hará demasiado larga —hizo una pausa—. Quiero confesarte una cosa.

—¿El qué? —dijo ella.

—No pensaba marcharme. No recibí carta de nadie.

La joven empezó a rechinar los dientes.

—¡Grandísimo embustero…!

—¿Vas a empezar otra vez, nena? Tenía que valerme de algo para derretir esa capa de hielo.

Jezabel lo miró con ojos brillantes y luego dijo:

—¿Capa de hielo…? ¿Qué capa de hielo, Tab? —Y de pronto tiró de el para besarle.

FIN